



DICIEMBRE DE 1951

LOTERIA Nº 127

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

DIRECTOR:
RICARDO A. LINCE

REDACTORA:
NELLY E. RICHARD

APARTADO 1961
PANAMA, R. DE P.

LOTERIA

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

SUMARIO

PAG.

CARTAS DE BOLIVAR.....	(2)
LAS MADRES: TERNURA, ALEGRIA, DOLOR Y SACRIFICIO INOLVIDABLE.....	4
Por Alberto Baeza Flores.	
UN PUÑADO DE TIERRA POLACA: FEDERICO CHOPIN.....	6
Por Kurt Phalen.	
LAS MANOS DE LAS MADRES.....	7
Por Adolfo Lizón.	
REVELACIONES DE LA PSIQUIATRIA.....	8
Por Marie Beynon Ray.	
LA VIDA APASIONADA DE ISADORA DUNCAN.....	9
De "Vanidades".	
LA REVANCHA DE VICTOR HUGO.....	10
Por Jean Botrot.	
LA ALEGRIA DEL VIVIR.....	11
Por O. S. Marden.	
SIGUE UD. SIENDO LA MUJER CON QUIEN SE CASO SU MARIDO?.....	13
De Stämpa, Milán.	
DOS COLECCIONES DE POESIA.....	14
Por Pierre Emmanuel.	
EL HEROE AGONIZANTE (Poesía).....	16
Vivas Balcázar.	
VERDADES, VIRTUDES, VIOLENCIAS.....	18
Por J. M. Restrepo Mian.	
A PROPOSITO DE PANTAGRUEL.....	19
Por Michel Debre.	
DON FERNANDO Y DON FRANCISCO.....	20
Por Raúl Roa.	
"LA YERBA".....	30
Por Laurencio Gallardo.	
REGALOS.....	31
Condesa de Montvert.	
CUANDO LA PANTALLA OBLIGA A PENSAR.....	32
Por Henri Agel.	
LA MADRE (Poesía).....	2a. Portada
NAVIDAD DESDE LA TARDE (Poesía).....	
Víctor Amaya González.	

Nochebuena

*El cordero balaba dulcemente.
El asno tierno, se alegraba
en un llamar caliente.
El perro ladraba,
hablando casi a las estrellas...*

*Me desvelé. Salí. Ví huellas
celestes por el suelo
florecido
como un cielo
invertido.*

*Un vaho tibio y blando
velaba la arboleda;
la luna iba declinando
en un ocaso de oro y seda,
que parecía un ámbito
divino...*

*Mi pecho palpitaba,
como si el corazón
tuviese vino...*

*Abrí el establo a ver si está
El allí.
Estaba!*

Juan Ramón JIMENEZ.

A Fanny de Villars

San Pedro Alejandrino,

6 de Diciembre de 1830.

Querida prima:

Te extrañará que piense en tí al borde del sepulcro.

Ha llegado la última aurora; tengo al frente el mar Caribe, azul y plata, agitado como mi alma por grandes tempestades, a mi espalda se alza el macizo gigantesco de la sierra con sus viejos picos coronados de nieve impoluta como nuestros ensueños de 1805; por sobre mí, el cielo más bello de América, el más grandioso derroche de luz...

Y tú estás conmigo porque todos me abandonan, tú estás conmigo en los postreros latidos de la vida, en las últimas fulguraciones de la conciencia. Adiós Fanny!

Esta carta llena de signos vacilantes, la escribe la mano que estrechó la tuya en las horas del amor, de la esperanza, de la fe, esta es la letra que iluminó el relámpago de los cañones de Boyacá y Carabobo del Trujillo y del mensaje al Congreso de Angostura... No la reconoces, verdad? Yo tampoco la reconocería si la muerte no me señalara con su dedo despiadado de batalla, dando frente al enemigo, te daría mi gloria, la gloria que entreví a tu lado, los lampos de un sol de primavera.

Muerto, miserable, proscrito, detestado por los mismos que gozaron mis favores, víctima de inmenso dolor, presa de infinitas amarguras.

Te dejo mis recuerdos, mis tristezas y las lágrimas que no llegaron a vertir mis ojos. No es digna de tu grandeza tal ofrenda?.

Estuviste en mi alma, en el peligro, conmigo presidiste los concejos de gobierno; tuyos fueron mis triunfos y tuyos mis reveses; tuyos son también mi último pensamiento y pena postrimera.

En las noches galantes del Magdalena ví desfilar mil veces la góndola de Byron por los canales de Venecia; en ella iban grandes bellezas y grandes hermosuras, pero no ibas tú; porque tú has flotado en mi alma mostrada por niveas castidades.

A la hora de los grandes desengaños; a la hora de las últimas congojas, apareces ante mis ojos moribundos con los hechizos de la juventud y de la fortuna; me miras y en tus pupilas arde el fuego de los volcanes; me hablas y en tu voz escucho las dianas inmortales de Junín y Bomboná! Recibiste los mensajes que te envié desde la cima del Chimborazo?

Adiós, Fanny; todo ha terminado!

Juventud, ilusiones, sonrisas y alegrías se hunden en la nada; sólo quedas tú como visión seráfica, señoreando el infinito, dominando la eternidad. Me tocó la misión del relámpago; rasgar un instante las tinieblas; fulgurar apenas sobre el abismo, y tornar a perderme en el vacío.

BOLIVAR.

Nota Editorial

EN LA ENCRUCIJADA

El mes de Diciembre, con sus homenajes a las madres, con sus tributos de cariño a los niños y con sus esperanzas y alegrías del final del año, es como un esfuerzo que realiza la humanidad por llenar de optimismo el final de una etapa, para iniciar una nueva con el ánimo mejor dispuesto, con el espíritu aliviado de temores y de angustias, con el corazón levantado para las nuevas luchas hacia la conquista de una vida mejor.

Es significativo que sea el último mes del año el escogido para la celebración de las fiestas más familiares y más íntimas. Porque durante ellas, la familia se agrupa en el hogar, como buscando fuerzas fraternales, como reafirmando los lazos de la unión, para llegar aliviados y fortalecidos al final del año, y como para empezar el año nuevo animados por el consuelo y la esperanza que esas uniones han podido provocar.

En nuestro Istmo, el año que termina ha estado repleto de sucesos tan graves como inesperados. En todos los aspectos de la vida nacional, el panorama es inquietante. Perturbaciones económicas, conflictos educativos, transformaciones políticas, problemas sociales y morales, han hecho su aparición con mayor fuerza que nunca. No ha sido feliz para nuestro Istmo el año que está terminando. Y, por el contrario, los sucesos ocurridos durante sus doce meses, proyectan sombras graves e inquietantes para el porvenir.

Por ello, el año cincuenta y dos, que ahora se inicia, está lleno de sombríos interrogantes, cuya solución ha de conmover los cimientos mismos de nuestra existencia como pueblo y como nación. De allí que, colocados en la encrucijada de un año que termina y otro que se inicia, pensemos en la necesidad de estudiar cuidadosamente lo ocurrido durante el cincuenta y uno, con el fin de deducir lecciones y ejemplos que nos capaciten para entrar en el año nuevo con posibilidades de corregir errores, enderezar entuertos y luchar, con esperanzas de éxito, por la colocación de mejores jalones en el desarrollo de nuestra existencia republicana.

LAS MADRES

analítica
717N11723
✓

TERNURA, ALEGRIA, DOLOR Y SACRIFICIO INOLVIDABLE

*Umbral de amor
de un nuevo día.*

He aquí el umbral de un nuevo día de las madres y la palabra parece correr, con pies ligeros, buscando su corazón o su recuerdo. La voz va hacia ella sin esfuerzo, con el gesto natural con que—de niños—íbamos, en nuestras congojas o en nuestras alegrías, a hundir la cabeza en su falda, a buscar, en su ternura, una hermosa bahía comprensiva, siempre abierta a nuestros corazones.

Hay terneza que asoma en lágrimas, este día, y lágrimas—nacidas de la dolorosa ausencia—que albergan una llamada y grande tempestad de ternura. Dos rosas de un mismo amor y de color distinto.

Se dice: madre, y ya se ha dicho la flor bella del mundo, porque la madre, con ser donación total, dulzura primorosa; con ser generosidad y ternura sumas, es abrazo y camino, comprensión, refugio y amparo. La madre es un sabor y un emocionado temblor, tan dulce, que ninguna agriedad de la vida puede borrar.

Tiene que ser, este amor de la madre, muy entrañable, muy de raíces supremas y profundas, cuando el más terco se ablanda a su recuerdo o a su voz, con la docilidad y el candor de un niño; cuando el amargo se torna como de miel al evocarla; cuando el que dice no haber llorado nunca, y alardea tener un corazón de roca, se vuelve torrencera, lágrima cándida y sufrida, cuando ve a la madre, a sus pies, ya muerta.

*Al anjuro de esta
voz de madre.*

Todo lo infantil, que llevamos, viene y va hacia ella como algo milagroso. El hombre que ha triunfado ya, en el medio ambiente, (aunque sólo se triunfa dentro

Por

ALBERTO BAEZA FLORES

de sí mismo, con los recónditos ideales de nuestro espíritu); aquel actor, admirado de todos; aquel político, cuyo nombre abre puertas de popularidad y es una personalidad de cargada influencia determinante; aquel científico, que se empeñó y afirmó en las más serias investigaciones cruentas y ha llegado a conclusiones positivas; el artista que se desvela en su mundo de vida mágica; el comerciante rico e influyente, que conquistó caudales y capitales; el estadista y el hombre de los grandes quehaceres públicos; el industrial que pobló el país con la marca de sus productos; el hombre que se mueve en el gran mundo de los negocios, la vida social, las relaciones humanas; el que —en dos palabras— ha llegado y la gente lo estima hermético, como de acero fuerte, con alma demasiado absorbida y preocupada por sus afanes, ése, se convierte en un niño pueril, juguetón, cariñoso, cuando su madre lo llama; y se vuelve triste y melancólico, un tanto sombrío y apesadumbrado, cada vez que recuerda que ella no está a su lado, ahora, y que duerme para siempre, en esa ausencia sin regreso que es la muerte.

En casi todos los idiomas tiene la voz de madre un sonido y una modulación dulce y henchidora; en todas las lenguas la voz se dulcifica, se hace trémula y como de afable miel, cuando se dice este vocablo santo: madre. La palabra

adquiere como un velamen de aurora, y se torna tan pura como esa primera música—de murmullos, de hojas, de rumores—que nos regala el alba. Por algo madre es, también, raíz de vida y razón del mundo, y por algo, cuando a la Patria hay que darle el nombre más hondo y más dulce, la voz más verdadera y proyectora de vida, se le dice, también, simple y profundamente: madre.

*Criatura de su ternura
y su pasión.*

Todo hijo es concreción de amor y, porque el amor es alegre, pero también es doloroso, el hijo da dicha, pero también tormento. Conviene hablar ahora de ello, en este día maternal y de rememoración cálida.

Corresponde evocar esos largos sueños que dieron principio al amor y el amor que cristalizó un día en el beso y el beso que un día fué el hijo.

El niño, no ha nacido aún; es posibilidad, destino, esperanza, pero ya, para la madre, es una preocupación y un desvelo. Se pregunta ella: ¿tendrá los mismos cabellos del padre?, ¿tendrá sus ojos?, ¿será alegre, soñador, animoso, y estará el mundo a sus pies? ¿Será un niño, una niña?, ¿cómo serán su ternura, su lloro, su risa y sus gestos? Y, cuando hable un día, ¿cómo será la entonación de sus palabras?

La madre soliloquia, entonces, con su corazón y con su dicha, y calla el dolor, y silencia la angustia y domina el llanto.

Nuestra dulce y grande Gabriela Mistral ha escrito que es religioso todo el corazón que lleva el misterio de la maternidad y ha querido plasmar en palabras, lo que la madre se dice en su corazón, cuando el niño o la niña, no

han nacido aún. Dice la madre: "Pero por sobre todo, yo quiero que mire con el dulzor que él tiene en la mirada, y que tenga el temblor leve de su voz cuando me habla, pues en el que viene quiero amar a aquel que me besará".

La infancia, las enfermedades, las canciones.

El niño está aquí, ya, y el niño llora y es la madre quien le entiende, le interpreta sus quejuras y le interroga y le ve el corazón con la sola intuición y la mirada. ¿Qué somos de niños, sino hojillas al viento, briznas, brisas perdidas, un débil soplo, una llamita que puede apagarse, por cualquier enfermedad y descuido, si la madre no vela y cuida con un valor y un desvelo para el que nunca habrán palabras lo suficientemente buenas y explicadoras?

La cuna es como la concreción del mundo, para la madre. Allí está su niño y el mundo se queda en pie, en vilo, como oyendo su canción o su nana, mientras lo duerme. Tanto como sus brazos acuna a su niño su corazón, y el corazón se vuelve, para dormirlo, una trémula... una tenue e involuclable canción: *El Señor pasó, — nadie lo sintió. — Sólo la bandera, — sola se batió. O bien: Duérmete mi niño, — duérmete, mi amor; — duérmete pedazo — de mi corazón.*

El niño crece, dice sus primeras palabras, la infancia se mueve como un velero, fantástico, en medio de un mar peligroso. Viene esa etapa de las enfermedades, por las que el infante va cruzando como un diminuto y dolido, impaciente, peregrino. Son horas o días de fiebre y de intranquilidad; días de congoja para la madre y de aburrimiento, majadería, desvarío, para el niño. La madre, entonces, duerme poco y mal, porque es un pedazo de su aliento el que está allí, afiebrado y quejoso. Ella lo arropa, lo mima, le da valor. En verdad que ella diera la vida por

estar ella y no su niño en aquel trance febril, y la madre saca energías de su misma angustia para cruzar aquella tormenta. Este es un gran heroísmo callado, silencioso, profundo, inmensa y eternamente tierno, del cual no dan cuenta los manuales de la historia, porque siempre se entiende que al comienzo y al fin de cada destino humano siempre hay una madre.

Estrella y refugio, bálsamo y consuelo

El niño crece. Juega la madre con él, y estudia con él, y participa de sus cuitas. La madre verdadera no lo deja encargado a cualquiera, porque sabe que el niño es como el fino cristal y que la persona insensible, ajena, que le dé un mal ejemplo, lo triza con grieta que, mucho más tarde, dolerá e irá con su vida.

A veces la madre se queda sola y lucha con un ahinco, con una fe, que engrandecen el sentido y el destino humanos. Uno ve esa ternura de ella que nadie, la dará después, y comprende esa manera de reprender doliéndose y ese gesto de momentáneo reproche que lleva tanto sufrimiento interior.

La madre es, siempre: estrella y refugio, bálsamo y consuelo. Es nuestra confidente y recibe el corazón dolido, la cabeza agitada y da un ánimo que salva siempre, porque lleva dentro una rosa de cálida ternura. Ella da la fe que conquista montañas.

El amigo que creímos más leal, puede convertirse en sombra: la madre, entonces, tomará el sitio del amigo. El amor puede esfumarse dejándonos un herido doctor sin consuelo, y la madre, esta vez, se volverá almohada, suavidad y cura.

La palabra, compartida con ella, se hace cálida y buena como el pan recién horneado. Es ella la amiga que se alegra con nuestro júbilo, la que llora con nuestros dolores. Siempre está partiendo con nosotros, y siempre está a nuestro

regreso. ¡Triste y pobre criatura aquella que no sabe ver en la madre la amiga y la camarada, la compañera y la dulcificadora!

Pero la madre no descansa, no tiene paz, porque cuando los años la van cargando de experiencias y otoños madurados, el nieto y la nieta si le vuelven a la primavera el corazón se lo desvelan con nuevas preocupaciones. Ella volverá a empezar el camino, con más dulzura aun, con una madurez y ternura más cálida, pero estará junto al nieto para seguirlo en sus lecciones, junto a la nieta para arrullarla o para hacer un lindo lazo en su cabellera infantil, al que sus manos—temblorosas y trémulas — quisieran darle la luz de la mariposa más bella.

Blanca rosa de lágrimas.

Queda la otra rosa: la rosa blanca para la madre ausente. Cuando ella muere, cuando está allí, sin vida, la existencia, el mundo, se convierten en turbión y parece que por primera vez se inventara el dolor. Los dolores anteriores, comparados con éste, parecen, entonces, sombras. El hombre y la mujer se quedan sin palabras, porque allí está su madre muda y ya ellos sólo podrán hablarle con gritos del corazón acongojado y ella sólo podrá responderles con los recuerdos que flotarán, aquí y allá, como las hojas desprendidas de un árbol sacudido por el vendaval.

Tenía razón, el dulce y tiernísimo poeta grande, cuando escribió que toda madre debiera llamarse maravilla. Maravilla verdadera, de la vida y el mundo, en este gran día suyo. Que los que tienen la dicha de poner la flor roja cerca del corazón de la madre viva, se prometan hacerle la luz sin sombra cada día de cada año. Que los que ya han perdido esa ventura sean fieles a la madre ausente llevando su alegría, su ternura, su dolor y su bondad, con ellos.

La ociosidad es una perpetua desesperación.

CARLYLE.

Un puñado de

analítica ✓

717N 117239

Tierra Polaca:

Federico Chopín

Hay creadores de melodías inmortales que nos inspiran respeto y admiración, y otros que nos infunden amor desde el primer instante. Federico Chopin pertenece a estos últimos, hacia los cuales se abren todos los corazones.

La música eslava vivió durante muchos siglos al margen de la europea; hasta que un día la desdichada Polonia, que durante siglos no conoció más que sangre y opresión, lanzó hacia el oeste un fulgor estelar que hizo elevar las miradas a todos por la fuerza de su luz y que al apagarse bruscamente como las estrellas errantes, despertó deseos románticos en las almas: Federico Chopin... Fue un símbolo de su patria, como hombre y como músico.

Liszt, su gran amigo, nos lo describe así: "El conjunto de su personalidad era armonioso. El azul de su pupila era más espiritual que soñador; su sonrisa dulce y fina no se amargaba jamás. La delicadeza y transparencia de su tez seducía la mirada... Toda su persona hacía pensar en la línea de enredaderas cuyos cálices ondean sobre tallos tan vaporosamente frágiles que al menor contacto podrían deshojarse".

Los cantos de su tierra, las melodías lánguidas de los campesinos y los bailes fuertemente rítmicos marcados por las botas, hirieron sus oídos desde la niñez. Era, él mismo, hijo de la tierra, nacido en la campiña no lejos de Varsovia, en Zelazowa Wola, el 22 de Febrero de 1810. Su edad estudiantil coincide con una de las épocas más sombrías de su patria; violentamente oprime el yugo ruso, y entre la juventud polaca cun-

den ideas de revolución. En la misma medida que se revela el extraordinario talento musical de Chopin y progresan sus estudios de piano, crece en su alma el profundo amor hacia su tierra dolorida.

Pronto lo llaman los centros musicales de Europa. Viena y París quieren escuchar al joven músico polaco. El se resiste. Cómo abandonar la patria en aquellos días decisivos? Al fin parte cuando los amigos le prometen no lanzarse a la batalla antes de llamarlo. Al arrancar la diligencia que lo lleva a la gloria inmortal, le entregan una copa que contiene un puñado de la tierra patria. Chopin jamás se separará de esta copa, ni en la vida que nunca le concedió la ansiada vuelta al hogar, ni en la muerte.

Bien sabían los amigos que no cumplirían la promesa; estaba próximo el día de la rebelión y buscaban salvar la vida de Chopin, en el que presentían un genio. Casi todos perecieron en la batalla por la libertad.

Mientras tanto Chopin recorre triunfalmente a Europa. Comprende que su arte puede más por la causa de Polonia en el extranjero, que su espada en el propio país; y se convierte en el cantor entusiasta de su pueblo. Después de tocar en Viena, se radica en

París; aquí los salones le tributan jubilosos homenajes, los conciertos se llenan de admiradores, los editores se disputan su música, las mujeres lo idolatran.

Es la primera gran época de los virtuosos. Paganini fascina al mundo y un notable grupo de pianistas conquistan los favores del público. Un cronista anónimo de la época los compara de esta manera: "Thalberg es un rey, Listz un profeta, Chopin un poeta, Herz un abogado, Kalkbrenner un ministril, Madame Pleyel una sibila y Doehler un pianista".

Chopin, el poeta... Sus versos son las melodías soñadoras, amorosas, nocturnas, tristes, que brotan incesantemente de su alma; melodías suaves, como femeninas, y otras, fuertes y con ritmos acentuados, muy viriles y revolucionarias, para las cuales estampó Schumann la gráfica expresión: "Cañones ocultos entre flores". Todo el corazón de Polonia en sonidos.

El piano es la base de la vida y la obra de Chopin; interviene en todas sus composiciones y la mayoría de ellas están escritas exclusivamente para este instrumento, como las BALADAS, FANTASIAS, MAZURCAS, VALSES, PRELUDIOS, NOCTURNOS, ESTUDIOS, POLONESAS, IMPRONTUS, muchas de cuyas melodías se hicieron populares en el mundo entero. Donde Chopin agrega el sonido de la orquesta, como en sus dos CONCIERTOS para piano, este instrumento subsiste siempre como elemento dominante. En él vivió como compositor y virtuoso.

Sólo treinta y nueve años dura su vida, y en ellos su espíritu sensible sufre las más variadas alterativas. En una carta de 1830 —a los veinte años— ya refleja su alma caótica: "Aparento estar alegre, especialmente cuando me encuentro entre compatriotas, pero llevo algo en mí que me mata: pálpitos sombríos, intranquilidad, insomnio, nostalgia, indiferencia por todo; en un momento alegría de vivir, pero en seguida deseo de muerte; apatía, congelación, ausencia de espíritu y a veces recuerdos demasiado claros me martirizan..."

Muchos idilios se le atribuyen;

pero su amor, según parece, perteneció a una sola mujer, a George Sand, la famosa novelista y mujer extravagante que supo interesar a tantos hombres de genio. Con ella viajó Chopin en 1838, hacia el mediodía, a las hermosas islas Baleares, para buscar alivio al sufrimiento que aquejaba su pecho y que fue augurio de su temprana muerte. El miedo no dejó de turbarlo en las más diversas formas; las oscuras celdas del claustro donde vivía, en Valdemosa, ensombrecieron aún más su alma depri-

mida, y su hiperestesia lo martirizó sin descanso. Sobre la amistad de George Sand y Chopin se ha escrito mucho; ella quemó todas sus cartas. Quién podría decir con certeza si fué su ángel o su demonio?

Hacia 1847 se separan definitivamente. Chopin busca olvido en nuevos triunfos y los cosecha abundantes, especialmente en Inglaterra, pero el clima nebuloso agrava su mal. Vuelto a París, muere el 17 de Octubre de 1849. En el rincón más poético del antiguo ce-

menterio Pere Lachaise está sepultado, entre Ballini y Cherubini y no lejos de Heine, otro infeliz proscrito, muerto en el extranjero, quien definió a Chopin con raro acierto como "El Rafael de la música".

Sobre el féretro sus amigos esparcieron el puñado de tierra polaca que lo acompañara durante su breve vida. Y le extrajeron el corazón, llevándolo—o fueron llevados por él, a su terruño, por el cual siempre latió.



analítica
TITW 1117243

Las Manos de las Madres ✓

(ESTAMPA DE HOGAR)

Por la ventana abierta a brumas estrelladas entraba un frío rayo de luna. Pero al hijo y a la madre les placía aquel rayo de olor para sentir más violentamente la intimidad de su círculo mágico en torno a los troncos que ardían en la chimenea de mármol negro. El hijo, sentado sobre la alfombra a los pies de la madre, preparaba sus ejercicios y clases del día siguiente. De cuando en vez reavivaba el fuego del hogar. La madre, toda de luto vestida, ya con algunas canas en las sienes, cosía, sentada en su sillón, casi sin levantar la vista de su labor.

Sólo se oía, alguna vez, el rumor de un leño que caía vencido, deshaciéndose en ardientes pavesas. El hijo dejó sus cuadernos y libros sobre la alfombra y se inclinó hacia el fuego, arreglando los troncos. Luego se volvió hacia la madre y la contempló largamente, en silencio.

—¡Qué hermosa eres, madre!— habló— ¡Qué hermosa eres! Ninguna mujer es, en el mundo, tan hermosa a mis ojos como tú.

La madre alzó la cabeza de la labor y sonrió al hijo. Después, rojos, violetas, morados, los mil colores del fuego que crepitaba a

Por ADOLFO LIZON

que se le había desmelenado sobre la frente, volvió a su costura.

—Sí, madre, eres muy hermosa. Y aun lo eres más porque no lo sabes. Tienes los ojos más cariñosos del mundo y las mejillas más ruborosas del mundo, y la boca más llena de amor que se vió nunca, ni nunca se pudo imaginar.

La madre levantó la vista y de nuevo le volvió a sonreír.

—Y cuando yo sea mayor, madre, ganaré mucho dinero para vestir de brocados y blondas esa hermosura tuya. Para vestir a la madre más guapa del mundo y para pasearla por lejanos países y tierras de ensueño.

La madre, con su diestra mano, rozó con suavidad de ala los cabellos del hijo. El hijo tenía la cabeza en escorzo, vuelta hacia ella. Sobre su cara se perseguían, mil colores del fuego que crepitaba a

sus pies.

—Pero, madre—dijo de pronto él con voz temblorosa—¡qué manos tan feas tienes!

Todo quedó en silencio. En la habitación se oían únicamente dos jadeos, dos pechos respirando con afán.

—Sí, madre, ¡qué manos tan feas tienes! No las ocultes, no. Déjame que te las vea bien. Tienes las manos negras como carbones, llenas de cicatrices feísimas, madre, feísimas.

Un leño reavivó su llama y en la mejilla de la madre, quebrada sobre la costura, brilló la perla de una lágrima que descendía silenciosamente.

—Nunca, nunca lo hubiese pensado, madre, nunca hubiese imaginado que la mujer más hermosa del mundo pudiera tener unas manos tan horribles.

Y entonces la madre quebró entre los dientes el hilo de la labor, y sin levantar su noble cabeza de máter dolorosa, dijo tan sólo:

—Sí, hijo mío, tienes razón. Pero un día cuando dormías en la cuna, te caíste sobre el fuego de ese hogar y hundí mis manos en las brasas y te salvé.

Revelaciones de Psiquiatria

XI — LA HORA DE LA INSULINA

Por
MARIE BEYNON RAY

Son las 7 de la mañana, "la hora de la insulina" en todo el mundo. Aquellos que se hallan en tratamiento tienen ante sí un largo día que deben iniciar sin ni siquiera una taza de café.

En compañía del doctor Train penetramos en el Brooklyn State Hospital, el cual cuenta con la mayor instalación del país para la aplicación del tratamiento de *shock* insulínico.

En un hospital grande, sus corredores, del largo de cien metros, tienen el ancho de una habitación. Al extremo del vestíbulo hay una gran sala donde las estrechas camas de hierro se alinean junto a las paredes y en el medio. Treinta camas en una sala, en cada una un hombre. Treinta camas en la otra sala, en cada una, una mujer. Cabezas castañas, morenas, rubias; ni una sola con canas. Es una enfermedad que prefiere la juventud; la locura de la juventud se la llama, demencia precoz. Hay una jovencita de quince años en la sala de mujeres, un hombre de treinta y cinco, en la de los hombres. Son aproximadamente las edades límites y la mayoría de los enfermos cuenta alrededor de veinteaños.

A un costado del largo corredor hay una habitación pequeña con un lecho.

—Entraremos aquí—dice el doctor Train— hay menos confusión que en las salas. Traigan a Anderson.

Dos hombres traen a Anderson. Este tiene puesto el chaleco de fuerza. Con dificultad consiguen ponerlo en la cama, luego retuercen una sábana alrededor de sus hombros y la atan a la cabecera de la cama, otra alrededor de los pies que atan a los pies de la cama y una tercera alrededor de los muslos.

El médico le da la inyección de insulina. Pronto Anderson queda

apaciguado. Dentro de una hora está soñoliento. Pasadas tres horas se halla en un coma profundo. Ha iniciado su extraño viaje. Un viaje, no en el espacio, sino en el tiempo. Un viaje hasta el comienzo del tiempo.

Alcanza el fin de su viaje. Los ojos están aún abiertos, pero no ve nada. El doctor agita la mano frente a los ojos, pero los párpados permanecen inmóviles. Le toca el globo del ojo y tampoco responden los párpados. La última relación a los estímulos exteriores ha desaparecido. Está próximo a la muerte. Más próximo no se atreven a dejarlo ir.

—Le haremos recobrar los sentidos ahora—dice el doctor Train.

Una enfermera le entrega al médico el aparato de vidrio con sus tubos de goma de varios metros de largo. Hacen entrar el tubo por las fosas nasales de Anderson, empujándolo hasta alcanzar el estómago. Vierten entonces por él la mezcla de la melaza. A medida que el azúcar llega al torrente sanguíneo, Anderson se aparta de la muerte. Esto se manifiesta en el parpadeo, en el modo con que casi instantáneamente se seca la transpiración que lo bañaba, en el cese del saliveo. No vuelve lentamente, como se marchó, sino con rapidez, en quince minutos.

Ahora, cuando el médico le golpea en la cabeza, el cuerpo íntegro de Anderson se retuerce convulsivamente. Reacciona con todo el cuerpo. fenómeno anormal y primitivo. El ser humano normal reacciona únicamente con los músculos necesarios para una respuesta adecuada.

Mientras lo observamos se pre-

sentan marcadas contracciones del diafragma, que producen emisiones forzadas de aire, como el resoplar de una ballena. Simultáneamente, el cuerpo, que ha sido desatado durante la coma, empieza a rodar de un lado a otro, y los brazos se alzan y bajan en un movimiento rítmico que inequívocamente son movimientos natatorios.

—Lo que Sakel denomina el estadio de la piscina—dice el Dr. Train.

Los movimientos natatorios cesan abruptamente. Pasados unos instantes, los labios empiezan a moverse, primero en forma vaga, luego sin lugar a duda, con los movimientos de succión, como los de un animal que mama.

—Ahora responderá a las pruebas de Babinski y de Hoffman—dice el doctor.

Sacando una llave del bolsillo, la pasa por la planta del pie desnudo. De inmediato el dedo mayor se separa de los otros, enderezándose. Los restantes dedos se abren en abanico.

—Una reversión al estado del mono. Los bebés muestran la misma reacción; es normal en los infantes y en los monos pero no en los adultos. Miren. Las manos del hombre se dirigen hacia atrás, encuentran los barrotes de hierro de la cabecera de la cama y los dedos se cierran sobre ellos. El doctor abre con dificultad una de las manos de Anderson y coloca un dedo sobre la palma. De inmediato, la mano se cierra con fuerza sobre el dedo del médico.

—Una reacción enteramente simiesca. En este estadio agarrará cualquier cosa que encuentre su mano. También una reacción normal de los infantes y los monos, pero no de los adultos. En este punto no sólo sus manos y pies son simiescos, sino su cuerpo íntegro y la expresión de su rostro. Los labios salientes, las fosas nasales dilatadas.... Ahora avanza en el tiempo: es ya un hombre pri-

suprime ni oculta nada. Sólo el salvaje demuestra sus emociones con tanta franqueza. Ahora sus labios se contraen, los ojos relumbran, gruñe: está enojado. En otra ocasión podrá hallarse alegre o asustado, pero siempre en forma fiera y primitiva. Escucha. A son.

—Exactamente, Tarzán. Continúa avanzando en el tiempo. En pocos instantes estará en condiciones de hablar. Hola, hola, Anderson.

El hombre enfoca lentamente la cara del médico. Parece hacer un esfuerzo supremo por recobrase, por dar el último paso hacia lo humano: la palabra.

—Ho-la—consigue decir al fin. Ho-la Doc-tor.

an. 117253
TITN 117253

La Vida apasionada de ISADORA DUNCAN

Isadora Duncan, la ardiente, espontánea y sensual americana que resucitó la magia de las danzas griegas, largo tiempo perdidas en la intigüedad, fué también vivo exponente de la "danza del amor".

que sabía que iba a tener un hijo de él. Orgullosa y contenta, pensaba que la criatura sería solamente suya. Tuvo una niña, rubia y de ojos azules, y le puso por nombre Deirdre.

Nacida en California de padres irlandeses, atractiva y extraordinariamente vital, se consagró a la danza desde muy temprana edad. Afrodita era su diosa, declaró, y no dejaba de parecerse bastante a ella, con su cuerpo bien proporcionado, su pequeña cabeza rubia, la nariz breve y los ojos de un azul intenso.

Siempre errante, siempre pobre, a pesar de su éxito creciente decía riendo que tendría que encontrar un millonario. Y esto fué precisamente lo que sucedió. Una noche en París, mientras descansaba después de su número en el Gaieté-Lyrique, un joven rubio y barbudo entró en su camarín, presentándosele como el heredero de una fortuna fabulosa.

mente, al compás de la *Marcha Fúnebre* de Chopin. Quiso tener más hijos engendrados por hombres de genio, y se dice que formuló peticiones en ese sentido a Henri Bataille, el dramaturgo, al bailarín Nijinsky y a George Bernard Shaw.

Los comienzos fueron duros. En Londres y París ella y su hermano Raymond se pasaban horas enteras en los museos examinando estatuas griegas y antiquísimos jarrones, buscando inspiración en los movimientos y drapeados de las figuras. Uno de los primeros contratos de Isadora fué en Bucarest. Allí conoció a Oscar Beregi, un actor húngaro de negros ojos y rizados cabellos como un gitano, que hacía a maravilla el papel de Romeo. El amor de ambos fué intenso y breve. Isadora, que hasta entonces había danzado como una ninfa ingenua al son de las melodías de Gluck, danzó ahora como una bacante, inspirándose en la música de Schuman y Wagner.

Afirmase que George Bernard Shaw, que jamás fué un hombre guapo, le replicó con sorna: —Sería peligroso, señora. Suponga usted que la criatura sacara mi belleza y el talento de usted...

Finalmente tuvo otro hijo de un joven escultor italiano llamado Angelo. El niño nació el mismo día en que se declaró la guerra de 1914 a 1918, y solamente vivió unas horas. Isadora no volvió a tener más hijos.

Siempre rebelde, pensó que la nueva Rusia era su patria ideal. En 1921 fué invitada a ir allá, y accedió a fundar una escuela en la U. R. S. S. Sergei Essennine, considerado entonces un genio, y hermoso como un dios adolescente, la adoró. Ella, que hasta entonces nunca había querido casarse, consintió en ser su esposa. Pero un patrimonio entre dos genios casi nunca es feliz durante mucho tiempo, e Isadora se divorció pronto de él. Sergei se dedicó a la bebida, y en 1925 se suicidó.

En Berlín, en 1905, se enamoró apasionadamente de Edward Gordon Craig, el genial creador del moderno decorado teatral. Craig era de alta estatura, delgado y ascético. En su estudio no había sillas ni lecho. Tras quince días de esta vida, Isadora, sublimada, pero hambrienta, le abandonó, pese a

Este personaje, a quien ella llamó "Lohengrin" en sus memorias, arrendó el Parque de Versailles para ella, y contrató a toda la Orquesta Sinfónica de Lamoureux para que tocara, a fin de que Isadora pudiese bailar. Lo mismo hizo en Pompeya y en Egipto. Pero Isadora hallaba demasiado abrumadora esta lujosa existencia, y finalmente le dejó.

Gabriel d'Annunzio la cortejó con empeño, mas Isadora fué quizás la única mujer que se le resistió, recordando cómo había hecho padecer el poeta a Eleonora Duse.

Fuése a vivir a una casita alegre y soleada de Neuilly, en las afueras de París. Allí, cuando empezaba a disfrutar de una existencia más serena, cayó sobre ella la mayor desgracia que una madre puede experimentar: sus dos idolatrados hijos perecieron en un accidente de automóvil.

Isadora no se puso luto, ocultando su dolor en el fondo del corazón. Danzó, triste y lúgubre-

Isadora, agotada por su forcejeo con la vida, regresó a Francia. Allí, en Niza, pereció de un modo trágico, muy propio de un espíritu fogoso e inquieto como el suyo: su largo chal se enredó en las ruedas de su automóvil, e Isadora murió estrangulada.

La

Revancha

de

Víctor Hugo

Especial para LOTERIA

Por JEAN BOTROT

La Bibliografía de Francia, guía al más grande "Especialista" de la literatura francesa y de todas las literaturas. Su maestría es incomparable. Por fin, y sobre todo, nuestra nueva psicología de las masas nos incita a sancionar todas sus profecías y todos sus mitos: libertad, reino del espíritu, paz universal, unión de todos los hombres, gobierno mundial. Claude Farrère, que un día calificó a Hugo de imbécil, desmiente energicamente este epíteto y lo declara también el más grande de todos los literatos. Jean Cocteau se sale, como acostumbra, con una cabriola: "Víctor Hugo era un loco que se creía Víctor Hugo".

Raymond Quéneau, joven escritor no exento de elocuencia pero demasiado inclinado a confundir originalidad con enrevesamiento, se declara ferviente admirador de Agrippa d'Aubigné, de Boileau y del Abate Delille. De Hugo, escribe: "Hugo es un gran hombre, pero del tipo de grandes hombres a los que se tiene ganas de tomar el pelo. El personaje es muy respetable, pero el escritor se esforzó demasiado por erigir su propia estatua, y su prosa es frecuentemente ridícula. A mí me produce el efecto de un pintor que fuera a la vez Meissonier y Manet". Ojalá, dentro de cien años, haya alguien que diga siquiera esto de Raymond Quéneau.

El temor de publicar podría también justificarse por los malos tratos que inflige a los escritores, más aun que los contemporáneos, la ingrata posteridad. Así, Víctor Hugo, en estos últimos años, estaba pasado de moda, y hasta corrió una moda al revés que consistía en buscarle defectos y en pisotearlo. *Les Nouvelles Littéraires* anotan que hoy, sus obras, en verso o en prosa, son de nuevo muy solicitadas en las librerías. En este motivo, citan esta frase de André Gide: "¿El más gran poeta francés? Víctor Hugo, desgraciadamente!", y convocan al proceso de Hugo a cierto número de testigos.

Jules Romain es netamente huérfano y consideran a Hugo como

común de los mortales. "La poesía, dice, no puede privarse ni de un substrato intelectual y humano, ni de sintaxis, puntuación y ortografía. La idea de una poesía enteramente pura y que sólo fuese poesía me hace pensar en la ocurrencia de cierto personaje que quería transformar en puertos de mar todas las costas de Francia. Con esta idea peregrina, y con la de "poesía magia", se ha hecho descarrilar a la poesía hacia el hermetismo, se la ha extraviado en los pantanos donde está hundiéndose. La poesía es el triunfo del verbo, de la rima, del ritmo: no abandonemos nunca uno de los tres elementos de antiguo y gloriosa trinidad".

Sin duda, después de estos testimonios, podemos dejar pendiente el proceso del autor de *La Leyenda de los Siglos*. Los siglos, precisamente, juzgarán.

oOo

Había también, sobre Víctor Hugo, la opinión de Henry de Montherlant, pero este fogoso escritor, que trata de todo con maravillosa inteligencia, aunque no siempre con equidad, habla aun mejor de su propia persona. Sus enemigos lo bautizaron hace poco de "Monsieur Soi-Même de Montherlant". Ahora publica unos *Carnets* en que pone al desnudo su corazón orgulloso y su concepto de la vida: "Yo no soy solidario, dice, de nada ni de nadie. En la guerra, fui combatiente voluntario, es decir libre de partir cuando quería, y es lo que hice. Soy noble y escupo a esa gente; católico y no práctico; miembro de tres asociaciones de ex-combatientes y nunca puse los pies en ninguna. Siempre solo, pero siempre dando la apariencia de estar enrollado".

En estas notas hay algunos croquis de un humorismo feroz, especialmente acerca de ciertos hombres políticos, pero, de vez en cuando, este falso imposible lanza algún grito de duda o de ansiedad: "No hay nada que afirmemos y que no deba contradecirse". "Vamos de ser en ser, como el nadador de boya en boya"... Hay que decir que Montherlant, en el fondo sabe "nadar" (1).

(1) "Nadar", en sentido figurado, en francés, ser hábil, astuto, saber desenvolverse en la vida con ductilidad. (N. del T.)

La

Alegría

del

Vivir

Por O. S. MARDEN

XIX.—El Secreto de la Felicidad

Nada ganamos y todo lo perdemos cuando nuestro deseo se desvanece sin satisfacernos.



Muchas gentes buscan vanamente la felicidad mirando al porvenir, en esperanza de otros tiempos y otras circunstancias que, a su parecer, han de hacerles dichosos y no han de llegar nunca, sin advertir que mejor podrían hallar la felicidad en las circunstancias que actualmente les rodean si supieran aprovecharlas.

La tela de la vida se fabrica día tras día en el cumplimiento de los deberes domésticos y sociales, en la cotidiana ocupación de la tienda, el almacén o la fábrica, porque los sucesos extraordinarios e insólitos no influyen tanto en nosotros como los ordinarios y comunes que continuamente nos están modelando.

Cuándo aprenderemos que la felicidad es tan legítimo resultado de nuestros habituales pensamientos, de nuestros esfuerzos, anhelos y aspiraciones, de nuestra actitud mental y de nuestro modo de ver las cosas, como la exacta solución de un problema matemático lo es de su planteamiento y discusión? A muchos les parece que la felicidad se halla casualmente como el filón de oro, y para descubrirlo ciegan los verdaderos manantiales de placer, salud, contento y dicha.

Indudablemente, es la ambición uno de los más graves impedimentos de la felicidad humana. El loco afán de imitar a los demás, de aventajarlos en ostentación y lujo, es el mayor enemigo de la dicha, porque nos incita a eclipsar por todos los medios, en lujo y riqueza, a quienes vemos más fastuosos que nosotros, y nos esforzamos por egoísmo en tener la casa mejor puesta y los hijos más elegantemente vestidos, sin echar de ver que toda esta ostentación nada vale ante la positiva eficacia del ennoblecimiento de la conducta. Legítima y loable ambición es la del hombre que procura ser útil a la humanidad, que se esfuerza en disipar la ignorancia, de realzar de día en día sus pensamientos, de tener algo más de confianza en sí mismo y en los demás, de servir provechosamente a sus semejantes. Tal es la ambición de cuyo logro deriva la verdadera felicidad.

Lastimoso espectáculo es el del hombre que sólo se ocupa en amontonar riquezas sin atender al verdadero fin de su vida, que es la expansión de la propia individualidad, para compartir con su esposa e hijos la dicha del alma.

Con oro pueden adquirirse y alhajarse palacios; pero no se puede comprar ni construir un hogar. Los espirituales tesoros de ternura, abnegación, amabilidad y paz transforman las más humildes moradas en suntuosos alcázares del corazón.

El hombre embriagado de ambición desenfundada es capaz de sacrificar familia, hogar, amigos, salud, bienestar y aun la misma honra para conseguir sus deseos, que, como inextinguible sed, le atosigan de continuo. La ambición petrifica las facultades del que la padece, malogra las aspiraciones elevadas y sofoca cuanto de hermoso, delicado y sensible hay en su carácter, hasta encallecerlo de modo que no responde a las vibraciones de belleza, verdad y dulzura. Lastimoso espectáculo es el del hombre esclavo de ambiciosos propósitos, porque desde el punto en que cae víctima del sórdido y egoísta afán de dinero, es incapaz de disfrutar los verdaderos goces de

la vida y no estima la gloria, grandeza y sublimidad de la existencia. Todos los placeres son de índole grosera y bestial.

Cómo nos engaña el espejismo que del porvenir nos trazan las egoístas ambiciones! Siempre estamos negligenciando el presente en espera del porvenir, sin estimar lo que de momento tenemos para disfrutarlo, según recorremos el camino de la vida. Cabe locura mayor que la de creer, como creen muchas gentes, que el porvenir ha de ser distinto del presente? Hay razón para pensar que mañana seremos más felices que hoy? Pisoteamos las violetas y las margaritas en nuestro empeño de alcanzar los más altos pimpollos de los árboles.

Infeliz del que cede a la egoísta ambición y a ella se aferra ciegamente con la esperanza de hallar la paz en su logro, pues se le despertará otra mayor ambición con más voraces apetitos. Es como el agua abrasadora de la conseja, que más quema cuanto más de ella se bebe.

La ambición egoísta es un falso guía que sin remedio desbaratará cuanto de más caro y dulce hay en la vida. Oh cuán cara pagan los ambiciosos su insensata pasión! Cuántas tragedias ocasiona!

La mayor parte de los hombres parece como si creyeran posible comprar los goces animales con la consiguiente excitación del sistema nervioso, resultan estos goces en extremo despreciables y muy distantes de la felicidad, que sólo es dable adquirir por el propio merecimiento. Confunden el placer con la felicidad.

Nadie ha logrado todavía sobornar a la verdadera felicidad, que no tiene precio y tan a la mano está del pobre como del rico. De felicidad está lleno el mundo y en nuestro derredor la encontraríamos con sólo recibir de buena voluntad la que en nuestro camino se cruzase.

Muchos hombres buscan la felicidad para sí solos, porque imaginan que consiste en la satisfacción de los deseos y el halago de los sentidos, sin percatarse de que cuanto más se satisface un gusto, con mayor violencia rebrota el apetito prevaleciente contra toda posibilidad de satisfacción. Cuanto

más condescendemos con el deseo, más opresivamente nos tiraniza. El apetito sobrevive al agotamiento de la víctima, porque nada es capaz de apagar la sed bestial.

A menudo oímos lamentarse a muchas gentes de que no sacan provecho alguno de esta vida; pero precisamente su afán de mucho gozar es causa de sus lamentos. Quien más pone de su parte en la vida es el que mejores frutos cosecha de ella, de la propia suerte que el agricultor no ha de esperar el premio de su trabajo, si antes no planta y siembre. A muchos la vida les parece algo así como un merodeo en vez de un cultivo. Sembrad amor y contento, cariño y servicio desinteresados, y no os quejaréis de la esterilidad de la vida ni de que el mundo no tiene para vosotros la debida recompensa.

La verdadera felicidad dimana del fomento y desarrollo de nuestra naturaleza espiritual. El egoísmo no puede nunca dar felicidad,

porque de continuo está alimentando la naturaleza inferior con todos aquellos elementos pasionales que de la felicidad nos alejan. Nadie hallará la felicidad si no la busca con puro corazón, mente limpia, propósitos nobles y anhelos ingoístas en beneficio del prójimo.

El pensamiento recto es un poderoso imán, de suerte que cuanto queráis tener o ser, lo tendréis o seréis con sólo afirmaros constantemente en que lo tenéis o lo sois. Si anheláis salud y vigor; si queréis abundancia y no miseria, decíos constantemente: Estoy sano, soy fuerte.

No hay felicidad posible para quien siempre está pensando en sus miserias, desdichas y tristezas y siempre denota disgusto en su pensamiento y acciones; porque como es el pensamiento, así es el hombre, y una actitud mental negativa producirá efectos negativos. La única felicidad posible es la resultante matemática de nuestra manera de pensar y obrar rectamente. Si estáis descontentos de

vuestra suerte y cuidadosamente la analizáis, veréis que es la que os corresponde como indefectible resultado de vuestra pasada conducta, pensamiento y acciones, por lo que a nadie sino a vosotros mismos debéis inculpar de vuestro infortunio.

Si hubiéseis aprovechado los elementos de la verdadera felicidad, no lamentaríais el fracaso, de la propia suerte que nunca falla la exacta solución de un problema si se le resuelve con estricta sujeción a las leyes matemáticas.

En vano recorreréis el mundo entero en busca de la felicidad si no la lleváis en vosotros mismos. La historia abunda en ejemplos de hombres que fracasaron por haber buscado desesperadamente la felicidad toda su vida sin jamás hallarla, mientras que otros, sin pensar gran cosa en ella, fueron felices en el cumplimiento de su deber, en el empeño de ennoblecer y mejorar la vida de cuantos les rodeaban.



La juventud es y debe ser siempre el supremo juez. Así como ya no puede admitirse la moral de los universitarios fariseos, que querían aislar la Universidad de las pasiones políticas, así terminó también la moral farisea de los que daba la condición de juez al anciano, por virtud de su experiencia. Para nosotros no es juez el que es viejo o el que ha pasado por todos los escalones de la vida. Ancianidad o experiencia, por sí solas, no dicen nada. Antes hay que demostrar que se ha envejecido en el ejercicio de la virtud para que esa vejez signifique un derecho, y todos sabemos que la experiencia en el vicio no es sabiduría. Estos son conceptos apolillados, que el espíritu revolucionario de nuestro siglo arrinconó despiadadamente. No hay más garantía de pureza que la juventud: y sólo aquel que se halla en la edad de la pureza puede ejercer sin títulos ni examen la función de juez.

JUAN JOSE AREVALO,
Ex-Presidente de Guatemala.



Sigue Ud. siendo la mujer con quien se casó su marido?

Vamos a la vicaría con una joven, y se encuentra luego uno casado con una mujer. Desde el final del primer año del matrimonio, muchos maridos tienen una extrema propensión a hacerse a menudo esa amarga comprobación. Plántese la cuestión usted mismo y pregúntese: "¿Soy yo todavía aquélla con quien casó mi marido?"

He aquí algunos de los puntos sobre los cuales puede recaer su examen de conciencia:

1º ¿Consagra usted a acicalarse los diez minutos de la tarde que preceden a la vuelta de su marido? Al contrario ¿piensa que, de todos modos, sus atenciones le son debidas? En el primer caso, puede usted decir que todo anda bien. En el segundo, lleve usted cuidado. La desidia está ciento por ciento comprobado que es la enterradora del amor. Siempre decimos que nos casamos para lo mejor y para lo peor, pero su compañero prefiere, y con mucho, lo mejor.

2 ¿Sabe usted guardar la apariencia de conquistada aunque sea la conquistadora? El amor es un arte que tiene sus reglas, y la primera es ésta. Una mujer enamorada sabe a las mil maravillas recibir con aire sorprendido los homenajes que esperaba. Si usted se descuida dejando ver que le eran debidos, no se atiene a las reglas del juego, y lo que está usted perdiendo es el amor.

3º ¿Adivina por instinto lo que de usted le gusta a su compañero? El amor se parece al genio, y los enamorados son unos inspirados. Por el contrario, si lo que antaño fluía espontáneamente, mecánicamente se repite ahora en su casa; ya es hora de tocar al rebato. El preludio de la desdicha

es la dicha a que está uno acosado.

4º ¿Sabe usted ser coqueta sin esfuerzo? Una novia no tiene más que cambiar un detalle —un cuello, un prendedor— del atavío para no ser ya la misma. Si se le mete en la cabeza que le hacen falta docenas de vestidos para estar guapa, mala señal. En cuanto empieza a fallar sensiblemente la imaginación, ya está bien malito el amor.

5º Mientras que su marido está leyendo el periódico por la noche ¿le pregunta usted diez veces que si tiene frío, que si tiene calor, que si quiere café o si no quiere nada? El infierno está empujado de buenas intenciones y, a menudo, debajo de la ternura está la dominación. Una mujer verdaderamente amante sabe requetebien no ser cargante; sabe dar al hombre la ilusión de que es él quien se impone como un hado.

6º Tiene usted la impresión de que puede decirse todo a su marido? Cuando el amor nace entre dos seres, tanto tienen que decirse, que les parece no habían podido hablar hasta entonces. Amigos y parientes desaparecen bruscamente. Hay cosas que no pueden confiarse más que a él, más que a ella. Con este enfoque, el amor es el secreto compartido. Un secreto personal anuncia la traición.

7º ¿Exige de su marido que le confíe todas las penas? Si es así, resulta una torpeza. Fuera de casa, la lucha por la vida, le obliga sin cesar a rendir cuentas, a justificar los actos y los humo-

res. El hogar debe ser el sitio donde toda lucha cesa. Deje a su marido sus penas y sus entusiasmos hasta los menos justificados en apariencia. No critique; no trate siquiera de consolarle, y, mucho ojo cuando su marido le pida comprenderle. Lo que él necesita es simpatía; nada de explicaciones. Casos hay en que el comprender significa sencillamente compartir.

8º ¿Siempre tiene el sentimiento de que su marido se ufana de usted? Pues es preciso que se ufane. Es preciso que, al volver a casa con la cabeza hecha un tacco, y, acaso, dudando de sí mismo, una mirada de usted, una sola, le devuelva la paz y la confianza "Vaya, vaya —debe decirse—, pues resulta que valgo más, que soy más fuerte de lo que me figuraba, puesto que una tal mujer no me juzga indigno de ella". En semejante caso, la mujer es su justificación, su coartada.

9º ¿Tiene usted todavía el sentido de las pequeñeces? Basta con que el café del desayuno esté tibio para poner a su marido de mal genio todo el día. Basta con que la raya del pantalón esté bien hecha para tenerlo de buen aire. Pero no se lo diga, porque protestaría. Si fuéramos a hacerles caso, los hombres están muy por encima de esas minucias y se creen sólo hechos para lo grande. Pero usted, usted, sabe que no es verdad eso. Las grandes cosas son sólo para los días que repican gordo. Y el matrimonio es una larga procesión de días y pequeñeces, que estaría nublada sin el sol del amor.

(De Stampa, Milán)



Pierre Seghers

7117263

Dos colecciones de Poesía

Especial para LOTERIA

Por
PIERRE EMMANUEL

Había en Avignon un joven poeta que pasaba todo el día vendiendo esos soberbios percoladores "cuyo brillo enorgullece a los cafeteros prósperos", y que, cada noche, cuando volvía a su casa, en la colina al pie de la torre, escribía versos ante el más bello paisaje del mundo. Al contrario de sus hermanos en poesía, este poeta leía las obras de los demás, y como era modesto las hallaba tan buenas como las suyas propias. Era un flamenco del Mediodía, o un meridional de Flandes: Pierre Seghers era su nombre; era soñador como los nórdicos, y preciso en sus sueños como un meridional. Su gran sueño era que todos los poetas fuesen hermanos. ¡Vaya ingenuidad! Pero, ingénuo o no, nuestro hombre estaba resuelto a realizar su sueño. Vino la guerra y la fraternidad de armas le pareció favorable a la de los poetas. Resolvió pues imprimir una pequeña revista a la que dió el nombre de *Poètes Casqués*, y escribió a aquel cuya voz hacía latir tantos corazones desde las primeras semanas del conflicto. Aragón. Aragón le tuvo confianza y aceptó figurar entre tantos desconocidos, de los cuales algunos eran tan sólo poetas del domingo. Después del armisticio del 40, Seghers se dijo: continuemos. Aragón siguió siendo de los suyos. Unos se encargaban de descubrir voces nuevas, jóvenes cóleras y líricas esperanzas; otros, de burlar las censuras, de imprimir, de difundir. Así nació la revista *Poésie*, que durante siete años debía honrar las letras y dar testimonio del valor francés. En su seno, los poetas se sintieron verdaderamente hermanos, pues todos decían la misma cosa, cada uno a su modo.

Aquellos tiempos dichosos (al menos para el espíritu) no duraron al volver mejores días. El público se mostró ingrato para los poetas que lo habían confortado, y los poetas se dividieron nuevamente; *Poésie* murió, como *Fontainc*. Pero Pierre Seghers no se dió por vencido. Habiendo abandonado Avignon y la compañía de los percoladores para hacerse editor de poemas, resolvió que seguiría siéndolo. Ahora, su gran idea era luchar contra la inercia del público y contentar su pereza. ¿Si la gente no lee los poetas "in extenso", por qué no les ha de leer en antología? Además, convencido

LOTERIA •

de que los hombres están hechos para encontrarse y comprenderse, Pierre Seghers pensó que era necesario que el público conociera a los poetas como hombres, sin verse estorbado por la aureola o la leyenda de cada uno. Su colección, fruto de esta idea, se intitula

Poètes d'Aujourd'hui.

¿Quiere Ud. conocer a Michaux, Eluard o Breton? Compre uno de aquellos pequeños volúmenes. El autor del prefacio — un buen crítico — es amigo del poeta, ha penetrado no sólo en la intimidad de sus obras, sino en su vida. Sin llevar la curiosidad hasta la indecencia, ni revelar secretos, él le presentará a Ud. al poeta de suerte que Ud. se sienta en confianza con él, como si lo hubiera conocido siempre, y que pueda seguirlo con simpatía en sus luchas, sus éxitos, sus decepciones. Ud. sabrá de él lo que es menester saber de un ser querido, de modo de reconocer en él sus propios sentimientos, su parte de humanidad. Sin excesiva lisonja, sin mitos, el verdadero secreto del artista consiste en ser un hombre como Ud.

Esas ochenta páginas de introducción, fáciles de leer y cargadas de sentido, contienen la explicación de la naturaleza de la

poesía por el comportamiento del poeta. Habiéndolas leído, Ud. entrará en el juego de éste con la facilidad con que se entra en una conversación; verá cómo su obra evoluciona, crece, cómo se exteriorizan los temas, y penetrará sin esfuerzo en el misterio de un gran esfuerzo creador. ¿No es esto precisamente lo que Ud. buscaba? ¿Esta manera de hacerse hombre? ¿Un ejemplo de la unidad que Ud. persigue en sí mismo por medio de una incesante atención? Esta lectura le ha revelado la razón de ser de todo pensamiento singular —su razón de Ud., y, cuando cierra el libro, tiene la sensación de conocer a un hombre y de conocerse mejor Ud. mismo. Además, ha hecho un excelente aprendizaje: en adelante, ya no sentirá ante la poesía esa irritante timidez del profano que la desdén porque no la comprende.

Difundir los poetas célebres está muy bien, pero no basta. La poesía fluye sin cesar y, en nuestros días, un joven poeta no puede ni hacerse atender en las revistas, ni, por lo tanto, hacerse publicar. Pierre Seghers tiene la pasión de descubrir jóvenes poetas; por otra parte, su sentido práctico le indica que es imposible vender en 300 francos un volumen de

poesía, tratándose de un poeta desconocido. ¿Pero quién no compraría un librito de a cien? Un buen día, los críticos hallaron en su servicio de prensa cuatro o cinco folletos, de unas cuarenta páginas de impresión apretada, pero elegante. Eran poemas de autores desconocidos, pero buenos para ponerlos al bolsillo, y bien presentados, con una banda color vivo sobre la cubierta blanca. Además, su lectura reserva tantas sorpresas agradables como su aspecto. No me sorprendería que más de un gran poeta futuro haya marcado con uno de estos folletos, como con una piedra blanca, el comienzo de sus éxitos.

En cuanto a Pierre Seghers, su rostro feliz y solaz demuestra una legítima satisfacción de sí mismo. Es un hombre contento de sí porque sabe estar contento de los demás, lo cual constituye la definición misma de la felicidad. Siempre parece estar listo a decir: ¡Cuántas gentes buenas hay en este mundo! Lo que me dice, en son de triunfo, es: “Y sabrás que a los jóvenes poetas les pago sus derechos de autor...”

PIERRE EMMANUEL



Profesores y estudiantes deben entender así la conjunción universitaria. Profesor que se olvida de sus deberes ciudadanos, no es profesor ni es ciudadano. Estudiante que se desentiende de los problemas políticos, no es universitario, ni puede llamarse joven. Porque la docencia no es función mecánica, anacrónica ni utópica. La docencia no es —como quería una imagen racionalista— un diálogo entre cerebro y cerebro. La docencia es la viviente compenetración de personalidades, todas integrantes del ser colectivo que es la Nación. Y si bien la ciencia y la filosofía y el arte son universales, su universalidad no procede de la estratósfera sino que empieza por ser emanación humana, promoción espiritual de un conglomerado histórico y cultural que es la Nación en que se vive, con sus problemas, sus angustias, sus aspiraciones.

JUAN JOSE AREVALO,
Ex-Presidente de Guatemala.

El Héroe Agonizante

I

Había vivido el héroe como viven los héroes,
San Pedro Alejandrino le prestaba su alero.

Sólo una golondrina y el crepúsculo vieron
los ojos pensativos del capitán guerrero,
cuando en desolaciones y dolores sin cuento
reclinaba el oído sobre la luz y el tiempo.
Todo lo había perdido, menos el propia fuego.

II

16 de Diciembre. El capitán de acero
se dobló sobre el lino de la almohada y el lecho.

Mudo cirio dió al rostro perfiles marfileños
y titiló en la sombra lo mismo que un pequeño
sol compasivo y rubio, memoria de otro cielo
curvado sobre el trote de los soldados fieros.

Un sabio entristecido, ya en la noche sin sueño,
tomó el pulso del héroe.

La muerte, mensajero
de Dios, bajo el rocío y entre áureos murciélagos,
penetró por la estancia con pies de terciopelo;
se acurrucó callada y esperó sin aliento.

Otra mujer, empero, vino tras ella, luego.
El héroe que soñaba despertó de su sueño
y al columpio invisible de una perla dió un beso
junto a la rosa frágil del oído.

El silencio
olfateó como un manso lebel y escuchó atento
el diálogo de ambos...

En la noche y el viento
sembraba sus semillas de diamante un labriego.

III

—Mi montón de azucenas, mi alabastrina torre,
déjame que te abrace.

—Y déjame que lllore.

—Fuiste la cervatilla para el prado de flores.

—Fuiste el arroyo claro para mi sed de goce.

—Estos lauros oscuros los cambio por tus dones.

—Son de marfil y rosa para que tú los tomes.

—Te llevé entre banderas, soldados y tambores.

—Te esperé con la estrella del alba hasta la noche.

—Desátame estos lauros. Amame como entonces.

—Te amaré como siempre. Déjame que repose.

—Reposa... Entre la seda de tu cabello acógeme.

—Escucha, amado: el viento ha pasado al galope...

—Es verdad... Dame un beso que mi boca deshoje.

—Oh mi insaciado indómito, oh mi frente de bronce,
oh mis manos nervudas, oh mis dedos veloces,
oh mis cejas de águila, oh mis brazos de roble,
que el alba nos encuentre hoy

lo mismo que entonces.

El cirio va a extinguirse. Que su llama te dore
cerca al olvido, cuervo que te dieron los dioses.

—Amiga, no me hables. Son tuyos mis dolores,
como fueron laureles y guerreros pendones.

Ahora cuando todo se ha marchitado, coges -
mi frente entre tus manos y tan sólo tus voces
responden a la pena de mis alas salobres.

Oyes el mar ya lejos?... Ese mar que tú oyes,
debajo de tus sienes es más amargo y rompe
con montañas malditas mi soledad; corroe
los invencibles muros de mi espíritu; corre
con su lengua de sal por mis playas sin nombre.

Amar, rugir, soñar, desatar eslabones,
recoger las llanuras hacia nevados bloques,
pasar entre un silencio de alas y cóndores,
descansar frente al cielo y los remotos soles,
despeñar cataratas de soldados al trote,
sentir roce de capas y de pasos traidores,
toser entre la niebla, velar hasta que asome
la luz en que se esfuma lento el candil insomne,
crear de la nada mundos, domesticar los hombres,
atisbar en el centro de una isla, en la torre
de humo de mis sueños, hasta que el cielo borre
el último destello de la tarde y entonces,
escribir pensativo...

Sacrificar adioses
y no reservar nada. Perforar horizontes
en busca de molinos, igual a don Quijote.

Recibir en las ventas piedra de los galeotes
creer en la belleza y en la gloria y sus flores
y encontrar en las flores espinas y escorpiones,
derrotar todo abismo, escalar todo monte,
y regresar cuando frente al mar que responde
con igual alarido al clamor que se esconde
debajo de tus sienes, sin que sepas de dónde
vienen sollozo y grito... Amiga, no me oyes?

—Aquí estoy como siempre. Atame a tu amargura.
Teje mi cabellera con tus manos nervudas.
Ciñe con brazo terco mi delgada cintura.

Toma mi boca en llamas para tu helada altura,
toma mi pecho en alto para tus sienes duras,
besa mis hondos ojos porque en ellos perdura
el sol de tus batallas. Hay un vaivén de cuna
en mis palabras, Niño, y hay un sabor de uvas
en mi último beso... Iza mi te como una
vela de lino al mástil... Este cuervo de oscuras
alas será la enseña de la nave... Ninguna
grandeza fué en la tierra semejante a la tuya.

Si todos te olvidaron, entre mis manos puras
hallarás el reposo que anhelas y la suma
de todos tus empeños, oh capitán que inundas
como un río desbordado, nuestra patria futura,
que deshaces y truecas, que conquistas y fundas,
que no temes morir...

Cuando la muerte acuda,
la de ojos sin lumbre, la de espada desnuda,
me hallarás a tu lado, como siempre en tu ayuda,
para mullir de lauros la barca taciturna,
para viajar contigo, capitán de amarguras,
vencedor de la muerte, del olvido y la duda.

Capitán del amor y el terror, ya no escuchas?
Ya no escuchas? El viento de la América muda
se ha desatado ahora y va por la llanura,
por la sima y la cumbre, por la noche y la hondura,
por el aire y la tierra, por la mina y la espuma,
y en su lomo galopa la Muerte como una
mensajera del Tiempo, y ella escribe en la pluma
de las águilas hispidas que en el aire se azulan,
y en los tallos y flores, y en la piedra más dura,
y en las rosas más rojas, y en la espada y la cuna,
y en la piel de los ciervos, en la estrella nocturna,
y en la mano mendiga y en la arena menuda
y en el muro de cales de la escuela y la tumba,
y en las verdes campanas de los templos sin luna
y en los vivos pendones y en las pomas maduras
este nombre: BOLIVAR!

Este nombre! Ya nunca
te podrán arrancar de esta América tuya.
—Oigo tu voz, Amiga, tan distante y cercana!
Te llevo entre mi vida como luz en la lámpara.

Amame ahora. Es cierto: fuiste como mi espada.
Cervatilla en fatiga, mano llena de agua.
Copa para los labios y para el vuelo ala.
Amame ahora... Y ríe... Que tu risa preclara
es granizo, amapola y dulzura y campana.

IV

Y quíereme sin ímpetu, tranquila y sosegada.
La carne se deshace y la belleza es nada;
pero tu amor perdura en esta noche y canta.

El amor es un soplo de los que nunca pasa,
cabe como el rocío en la rosa liviana,
es una sola gota y una sola palabra.

Déjame que en tus ojos hacia la luz se abran
mis ojos y que diga la verdad del mañana.

Los esclavos son libres. Son sus cadenas largas
en un crisol remoto me fundirán estatuas.

Los traidores son libres. Con sus voces amargas
en un tiempo distante me tejerán guirnaldas.

Los amigos son libres. Sus manojos de lanzas
con estiércol de cóndor, resurgirán más altas,
para segar espigas en el sol y en el alba.
Esta será la tierra del sueño y de la tábula:

Anchos estuarios, mástiles, banderas ignoradas,
ciudades y jardines y mármoles y plazas,
telares que perforan el silencio del aula,
senderos infinitos, aldeas y montañas,
yunques que gritan roncós en la aurora y se atrasan
con su canción continua hasta la noche clara,
violines que murmuran entre cobres y flautas.

Pinceles que dibujan una boca de brasas,
poetas taciturnos que del fuego hacen arpas,
arados que fatigan los surcos donde se alzan
flores como tu rostro y arroyos de esmeralda,
labriegos que regresan al lucero y su casa,

pastores que se miran el rostro en la azulada
linda de los arroyos, cordaje de la patria.

Esta es la tierra, amiga, que soñé en las batallas,
la que miro en tus ojos y adoro cuando me hablas.

Yo la ví en Casacoima y mi fiebre fue escala;
la viví en Pativilca y mi grito fue rabia.

Su cielo fue bandera entre mi puño izada
sobre nieves tajantes y cráteres sin alma.

Pero ahora es la hora de descansar. Oh amada!
para siempre en el sueño de la fúnebre barca.

Ahora sólo resta una sola plegaria:

Que todos los que amé, digo desde mi playa,
permanezcan unidos como plumas de un ala,
dedos del mismo puño, y de mi mano pálida.

Yo los perdono! Ahora en mi seca garganta
ya no queda el sabor de las ortigas ácidas.

Porque amaste y sufriste estás purificada,
porque todo lo diste mi doncella nostálgica
el porvenir es nuestro. Cuando nos borre el agua,
cuando el polvo y el tiempo estén sobre mi espada
y las polillas, mudos obreros de la nada,
perforen la gorguera y el hombro y la casaca
y todo sea ceniza y olvido y tierra desolada
y montón de pavesas en el fondo de un arca,
tu nombre, MANUELITA, pulido de mil caras,
igual a un diamante de una oscura montaña
lo arrojará un poeta a la lumbre del alba
pleno de azul lo mismo que el cielo en una lágrima.

Reposa ya... En la hoguera de la aurora calienta
sus erizadas plumas en los remos de seda.

La Cruz del Sur vigila sobre la noche inmensa.
Pronto será epitafio sobre el mar y la tierra...
Reposan ya...

Amargura, desátame las venas
para tejer guirnaldas de púrpura al que sueña.
Al fin eres eterno, amor!

Que el ciervo muera
empapado en rocío, que la rosa padezca
este dolor sin nombre, y que la mar detenga
su murmullo infinito...

V

Oro azul de la siesta...

El héroe ha descansado. San Pedro Alejandrino
es sólo un catafalco. Tiemblan los tamarindos.

Un sabio está pensando y calla entristecido.

Oficiales lloros cierran un fiel anillo.

Una bandera muerta sobre el héroe tendido
comienza a marchitarse. Esta tarde el Olvido
en el mástil más alto de la noche, sumiso,
será cuervo-vigía del futuro camino.

Una mujer extática viajará sobre el ritmo
de las olas voraces, acompañando al mismo
que acompañó en la vida,
mientras lo empuja un grito,
por las playas exánimes de América: BOLIVAR!

VIVAS BALCAZAR.

Verdades, Virtudes, Violencias

Por

J. M. RESTREPO MILAN



Esta base *vi* y a veces *vir*, es núcleo de una numerosa familia de palabras latinas, muchas conservadas por el castellano, que implican todas, de alguna manera la idea de "fuerza", "vigor". La primera es *vis*, en plural *vires*, "fuerza" física y moral; hoy todavía se usa la frase latina *vis comica* designando el poder de humoristas y autores teatrales para mover la risa; la *vis comica* de Klim es aguda y dilacerante.

De esta familia léxica, uno de los miembros más preñados de significación, en latín y en castellano, y otros dialectos modernos, es *virtus*, *virtem*, "virtud". Cicerón, por allá en la segunda Tusculana, relacionándolo íntimamente con *vir*, le atribuye la designación por excelencia de la cualidad "más propia del varón, la fortaleza, cuyos dos mayores dones son el desprecio del dolor y el de la muerte". En los historiadores y los poetas latinos, *virtus* designa el "valor militar"; no, claro está, el que se ha usado en estos trastornados tiempos para bombardear a poblaciones indefensas o para ultrajar y golpear a quien previamente se le han atado las manos, o para abalear a fugitivos; sino el necesario para ganar guerras, para vencer a los samnitas y a los cartagineses, y conquistar las Españas y las Galias; o para libertar a las Américas, capitaneando a quienes los tiranos motejaban de insurgentes y facciosos.

A la misma familia de *vis*, verde (*viridem*). virtud, y demás de la base *vi*, pertenece la imponente palabra violencia. Es el sustanti-

vo, teóricamente abstracto, pero en la práctica demasiado concreto, correspondiente al adjetivo *violento*. Esta terminación *-olento*, proveniente de *oler*, ya desde el latín se ha agregado a unas pocas bases, formando adjetivos que indican abundancia de lo que significa la respectiva base; así: *vinolentus*, "borracho", como si se dijera "olviendo a vino"; *sanguinolento*, como quien dice "que apesta a sangre"; *violento*, que apesta a fuerza".

La *Violencia*, en el "Prometeo encadenado" de Esquilo, es el personaje mudo que, junto con el Poder, se presenta en la cumbre del Cáucaso a supervigilar el aherramientamiento del titán, a quien Zeus mandara castigar por haber exaltado al hombre a la mayor altura sobre la tierra, dándole el fuego, y en él, las industrias, las ciencias, las artes, y el pensamiento libre.

Mas con todo el horror y la apatencia de implacable que tiene el castigo, no logra debilitar el coraje de Prometeo, ni su fe en la victoria final de la justicia. Las Oceánidas, atraídas por los martillazos de Hephaisto remachando al infortunado de pies y manos a las inhóspitas rocas, acuden a tratar de consolarlo: "Nuevos amos —le dicen— dominan en el Olimpo, y Zeus gobierna ilegalmente con decretos nuevos y anula lo que hasta ahora fue soberano". Y él: "Por poderosa que sea —les repli-

ca— la opresión con que hoy me atormenta, acabará pidiéndome consejo y colaboración contra las fuerzas que se levantarán a quitarle el cetro. En vano intentará doblegarme con los más seductores recursos de la persuasión y con sus más fuertes amenazas; nada obtendrá de mí, sin antes libertarme de estas duras prisiones y consentir en darme reparación de sus injusticias!"

Sobrecogidas las Oceánicas por ánimo tan indomable en medio de tan graves penalidades, preguntan cuándo verá el término de ellas. "Bien sé —clama Prometeo— que Zeus es cruel, y que con él no hay otra justicia que su mero capicho; pero un día será ablandado, y así quebrantado, renunciará a su cólera y se apresurará a buscarme y pedirme amistad y alianza... La tiranía lleva en sí la dolencia de no poder confiar en sus propias gentes!"

Poco después llega el Océano, conciliador, contemporizador, a aconsejarle que en vez de tanta rebeldía, se acomode al nuevo estilo que predomina en las alturas; y le ofrece interponer sus influencias ante Zeus para libertarlo. "No; gracias te doy —le contesta el titán encadenado—. Retírate, no sea que esta visita te origine algún peligro para ante tus iracundas amistades. Nada quiero por misericordia; todo se me debe por justicia... Sepa Zeus que su poder no será eterno; por fuerte que hoy se sienta, por orgulloso que esté en su trono y con sus rayos, el día vendrá en que se hunda bajo una catástrofe peor que la impuesta por él a sus antecesores!"

Cuán eternamente jóvenes son los clásicos griegos y latinos!



A propósito de Pantagruel

analítica
71TN 117270

de MICHEL DEBRE

Especial para LOTERIA

Chinon es una vieja ciudad francesa cuyas casas, de piedras blancas y tejados de pizarra, se extienden a lo largo del río Vienne, no lejos de la confluencia de este río el Loire. Las ruinas de un castillo que fué durante siglos sólida fortaleza, dominan la ciudad y el río. En este castillo fué muerto hace más de ochocientos años Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, en la lucha que mantenía contra el rey de Francia.

En Chinon nació uno de los más ilustres escritores franceses, Rabelais. Según la tradición, Rabelais nació en una pequeña granja en los alrededores de la ciudad, la Devinière, perdida en medio de los campos y muy parecida en su estado actual a como debía ser cuando abrigaba dentro de sus muros a los pequeños burgueses de Chinon, padres de Rabelais. En las inmediaciones de la granja se contemplan de una sola mirada la mayor parte de las aldeas que la Historia de Gargantúa y Pantagruel han hecho famosas. En esta región trascurrió la infancia de Rabelais, y es en ella donde más tarde hará vivir a sus ilustres gigantes.

El Estado ha comprado recientemente la Devinière, con el propósito de convertir la granja en un museo. Un conservador, amigo de los libros, ha comenzado ya a trabajar. Mientras trabajaba en sus investigaciones sobre cuadros y libros, recordó la existencia de un número de un periódico clandestino aparecido a principios de la ocupación alemana en Francia y que llevaba por título el nombre de *Pantagruel*.

El conservador del museo inició la busca de los números de este

periódico. Logró encontrar varios en la Biblioteca Nacional, correspondientes a dos años. Después inició las investigaciones para averiguar quienes eran los autores; pero tropezó con un misterio. Nadie tenía conocimiento de quienes fueran los autores.

A fuerza de paciencia, se enteró de que un alsaciano llamado Raymond Deiss había sido ejecutado por los alemanes en Colonia en 1943, acusado de haber editado un periódico clandestino. Poco a poco ha logrado descubrir la historia sorprendente de un impresor que desde el principio de la ocupación alemana manifestó su resistencia componiendo solo e imprimiendo con la ayuda de dos compañeros obreros y difundiéndole entre los tres, un periódico clandestino. Durante dos años, todos los meses este alsaciano lanzó en la gran ciudad y en Francia ocupada, una hoja perfectamente escrita con el título de *Pantagruel*, donde el lector ávido encontraba noticias, propaganda para la victoria contra el nazismo y artículos objetivos escritos con una clara visión de las cosas y con una gran elevación de alma.

Raymond Deiss fué detenido en 1942 por otras actividades que desarrollaba en la resistencia, pero con motivo de su detención se descubrió el misterio de su impre-

ta y de su periódico. Fué encarcelado con sus compañeros; ninguno de ellos se salvó. Ahora se ha podido averiguar que después de pasar varios meses en Fresnes, fué trasladado a Alemania donde fué juzgado y decapitado al hacha. No estaba casado, ni tenía familia: solo tenía unos primos que calladamente continuaron con su imprenta. De no haber sido por las investigaciones del nuevo conservador del Museo de la Devinière nadie hubiera conocido el nombre de este hombre solitario que murió por haber escrito, durante dos años, un periódico clandestino.

¿Por qué le tituló *Pantagruel*? Indudablemente porque existe en la obra de Rabelais la imagen bien conocida del conquistador que contempla sus tropas la víspera de la batalla; ve la victoria para mañana, se deja arrastrar por el entusiasmo, descubre ante él el horizonte, el mismo que se contempla hoy desde la Devinière: más allá, está el reino de Francia, más allá aún el mundo entero. El conquistador se ve ya emperador del mundo, pero al día siguiente es derrotado por grupos de gentes de pueblo, y muere miserablemente. Hay que añadir otro motivo a este primero, que nos lo facilita una cita del Tercer Libro de *Pantagruel*, que puede leerse en la cabecera de cada número del periódico. Es una cita en la que se hace el elogio de aquéllos que saben conservar el equilibrio de su razonamiento y de su razón a pesar de los tormentos. A partir de octubre de 1940, fecha en que apareció el primer número, este alsaciano, que indudablemente estaba asaltado de temores por lo que se refiere a su patria y a su ideal, afirmaba con ello el mantenimiento de su razón, es decir de su fé en la victoria.

Seguramente gran número de extranjeros vendrán a visitar el Museo de la Devinière, atraídos por la celebridad de Rabelais. Una vez que hayan admirado los libros y los cuadros, cuando hayan respirado el ambiente de la región, detendrán su mirada por un instante en la reproducción de estas hojas clandestinas.... Recuerdo nuevo, heroico y conmovedor del héroe que la imaginación de Rabelais dió vida en estos lugares.

Don Fernando

✓

Analítico
717N 117277

y

Don Francisco

Por RAUL ROA

Ex-Decano de la Facultad de
Derecho de la Universidad
de la Habana.

No le fué dable a don Fernando de los Ríos irse de la vida en plena conciencia. En los últimos meses de su espantosa agonía, apenas si pudo articular torpemente frases pueriles. De pronto, sobre su existencia ya casi vegetativa se espesó la sombra y el silencio. Ni reconocía ni hablaba cuando los aromas, colores y arpegios de la primavera irrumpieron en su biblioteca solitaria estremeciendo sus libros abandonados y sus manuscritos inconclusos. Esa mañana reverberante de mayo, el correo traía un ejemplar de su última obra, *El pensamiento vivo de Francisco Giner*, editado en Buenos Aires. Su amante y abnegada esposa, doña Gloria, lo puso entre las manos trémulas de don Fernando. Cuéntase que lo acarició y que forcejeó desesperadamente por decir algo. Las dos fotografías de la portada —la suya y la de don Francisco— iluminaron de nuevo, tenuemente, su mirada. Y en sus labios exangües floreció una leve sonrisa y le tembló la barba ya profusamente nevada. Fué la última vez que se le rió sonreír. Fué la última vez que fulguraron sus ojos. La lumbré espiritual de don Fernando se había apagado hacia tiempo, trocándose en cenizas; pero la presencia de don Francisco —invisible rescoldo— había obrado el milagro de reanimarlas fugazmente.

En una evocación, relampagueante, debió desfilar ante él toda su vida fecunda hecha de "labores y esperanzas", a imagen de la del "viejo alegre de la vida santa"; y acaso debió añorar también los ponientes morados de Ronda y los yerros encendidos de Castilla.

Semanas después don Fernando de los Ríos se extinguía sin saberlo. No tuvo la fortuna de Sócrates que aguardó la cicuta dialogando serenamente con sus discípulos. Ni la suerte de don Miguel de Unamuno de entregarse al sueño sin sueños en la tierra natal. Español del éxodo, su destino era el de Antonio Machado, Manuel Azaña, Demófilo de Buen, Marcelino Domingo, Ognacio Bolívar y Joaquín Xirau. Pero moría, como don Francisco, entre el jubiloso candor de los chicuelos y el melódico piar de los pajarillos. Y como don Francisco, se iba "por una senda clara y hacia otra luz más pura", a donde "lleva quien deja y vive el que ha vivido".

Ni qué advertir tengo que he de hablar más de don Fernando que de don Francisco; mas siempre ha de estar presente aquel que ansiaba, entre pinos verdes y mariposas doradas "un nuevo florecer de España". Gran parte de lo que fué don Francisco se hizo carne y espíritu en don Fernando; y casi cuanto éste dijo fué eco de don Francisco. Y, en la evocación de don Fernando, a veces habré, necesariamente, de desgranar recuerdos míos que también fueron suyos.

Plumíferos a paga intentaron menoscabar el prestigio político de don Fernando de los Ríos cuando ya, por su quebrantada salud, no podía defenderse. Se le difamó cobardemente, en la prensa falangista de allende y aquende, sin mira-

mientos de ninguna índole. No son españoles, ni pueden ser españoles, los que al difundirse la noticia de su muerte, impidieron, mediante la censura, la amenaza o la cárcel, que el pueblo español mostrara su duelo. Conviene precisarlo una vez más. Ni Franco es España, ni España es "el cementerio bajo la luna" a que ha sido temporalmente reducida con la complicidad manifiesta de las llamadas potencias democráticas. España no es eso. Como tampoco es la encomienda, la inquisición o la espada. España es el pueblo que ha podido engendrar símbolos como don Quijote y hombres como don Fernando de los Ríos. España es el pueblo que se dió a sí mismo al fundar veinte naciones afanosas de abrirse surco propio en la historia y de liberarse de la oprobiosa tutela de un imperio corrompido, desapoderado y cruel. España es el pueblo que se batió solitario y altivo y fatigó la proeza en Madrid, Guadalupe y Teruel en defensa de todos los pueblos. España es el pueblo que más rédito en sangre ha pagado por haber querido ser el que es.

Si don Fernando de los Ríos se fundió simbólicamente en la hora dolorosa de su tránsito con la España auténtica y la esencia intransferible de lo español, es porque fué fiel, en su pensamiento y en su conducta, a la vocación humana de su tierra. No le fluía en balde la sangre de don Francisco Giner y no en balde fué su discípulo predilecto y uno de sus herederos legítimos. A la vera iluminada del apostólico maestro español, se formó su conciencia y penetró en el mundo de las ideas con un claro sentido de la subordinación de éstas al mejoramiento humano. Ciertamente es que desde niño, su madre, doña Fernanda, —que le sobrevive rondando ya el centenario— le inculcó el amor a los humildes y a los desvalidos. Muchas veces le oí referir que solía pasear por las playas gaditanas de la mano de Fermín Salvochea, el fundador del anarquismo en Andalucía. Ya adolescente distribuía pan y queso entre los pobres del vecindario y muchas veces compartía sus agobios y sus alegrías a la vaga luz del quinqué. Pero los gérmenes de su concepción humanista del socialismo, que empeza-

rán a desarrollarse en su libro *La Filosofía del Derecho en don Francisco Giner y sus relaciones con el pensamiento contemporáneo*, se nutrieron principalmente en la Institución Libre de Enseñanza. Nada lo verifica más cumplidamente que estas palabras suyas en *El Sentido Humanista del Socialismo*: "La génesis psicológica de este libro es transparente. Desde los días, lejanos ya, en que estudiaba en la Universidad de Marburgo al lado del gran filósofo Cohen, fué adueñándose de mi conciencia una convicción que, tomando por base el humanismo jurídico y político de mi amado maestro español don Francisco Giner y las doctrinas del propio Cohen, me llevó a conclusiones que lejos de ser desarraigadas con el tiempo, como ha acontecido en no pocas cuestiones, han enraizado más y más en mi ánimo con el decorso de los años y la experiencia de ellos extraída. Lo que en un comienzo fué no más que visión teórica, llegó a ser más tarde, por apremios internos de la conciencia moral, algo que quizá pudiera denominarse pragmática política, esto es, una orientación para la conducta del estado y un ideal pródigo de vitalidad para el ciudadano. No sólo no rehuyo en la obra la invocación de lo humano, sino que lo tomo como punto de arranque, porque cada día hallo nuevos motivos para juzgar, más de deseable, inminente, el que se reconozca que sólo desde ese luminoso continente del espíritu nos es dable construir algo que no sea en sí mismo falaz".

De la Institución Libre de Enseñanza gustaba charlar largo y tendido don Fernando de los Ríos. Su señero papel en la formación de la conciencia cultural y ética de la España nueva y la significación de Julián Sanz del Río y del movimiento krausista en ese proceso eran temas que atraían preferentemente su atención en el coloquio. Contaba Joaquín Xirau que, recién llegado a Madrid, ilusionado por el alto prestigio y la resonancia de la Institución Libre de Enseñanza le preguntó un día a Manuel Bartolomé Cossío en qué consistía aquella "entidad misteriosa y enigmática". Y Cossío le contestó resuelto e irónico: "Nada, nada. La Institución no es nada".

Nada era, en efecto, desde el

punto de vista material. No era más que "una escuela instalada en una casa modesta del Paseo del Obelisco y en cuyo primer piso se alojaban don Francisco Giner de los Ríos, don Ricardo Rubio y don Manuel Bartolomé Cossío que, en íntima convivencia familiar, orientaban y dirigían las actividades de aquel minúsculo rincón". La Institución había iniciado sus labores en la calle de Esparteros. El creciente aflujo de alumnos obligaría en 1880 a trasladarla a una casa más amplia. Fué en esa época que se decidió la construcción de un edificio propio. Se diseñaron los planos, se juntaron los fondos, se compraron los terrenos y se comenzaron las obras. Pero fué también el crítico momento en que la Institución resolvió independizarse de los programas y del tipo de exámenes vigente en la enseñanza oficial. Las consecuencias de esa audaz determinación repercutirían inmediatamente en la matrícula. La Institución, en graves aprietos económicos, se vió precisada a renunciar a su edificio propio, a reducir los gastos y a confinarse en el modesto local en que la conoció Joaquín Xirau. Aquellas privaciones acentuaron aún más el timbre moral de sus enseñanzas.

No es posible valorar la obra de la Institución sin conocer las razones de su fundación y la situación en que quedó España al restaurarse la monarquía tras el golpe de estado de Pavía y el llamado grito de Sagunto. España se embanderó de ilusiones al proclamarse la primera república. La fermentación de ideas que la hizo viable tuvo sus núcleos más activos en los krausistas encabezados por Sanz del Río y en el movimiento federal promovido en toda España y particularmente en Cataluña por la prédica infatigable de Francisco Pi y Margall. Varios años de reformas liberales en las costumbres públicas, en la organización del estado y en el régimen de Universidades habían contribuido a renovar el contenido espiritual de la vida española. La caída de la república significó la vuelta a la España que había satirizado despiadadamente Mariano José de Larra. Nadie la encarna mejor que Cánovas del Castillo. Uno de los prime-

ros actos del ministro de Fomento, el marqués de Oroño, fué promulgar un decreto, copia textual del de Calomarde al restablecerse el absolutismo, exigiendo a los profesores universitarios su expresa adhesión a la monarquía y a la iglesia. La más sobresaliente representación de los clautros hizo constar su repulsa y su negativa a someterse a prescripciones que juzgaba atentatorias a la libertad de enseñanza y a la dignidad humana. Numerosos profesores fueron separados de sus cátedras y algunos encarcelados. Entre los profesores que dirigían la protesta figuraba don Francisco Giner. Gravemente enfermo fué sacado por la guardia civil de su cama y arbitrariamente recluso en el castillo de Santa Catalina de Cádiz. Horas antes Cánovas del Castillo le habían enviado a su secretario a fin de disuadirle de su actitud con la formal promesa de que el decreto del marqués de Oroño "no tendría efectividad alguna y que, en definitiva, no se haría nada". Pero don Francisco Giner se limitaría a replicarle: "Dígale a Cánovas que me lo diga en la Gaceta".

En la cárcel maduró don Francisco su ya decidido propósito de fundar un centro libre de enseñanza con los profesores depuestos. La Institución nació, pues, de "la comunión de unos pocos espíritus afines y libres y como protesta contra la persecución espiritual y el dominio ejercido por el estado y la iglesia en la enseñanza oficial". El objetivo céntrico de la Institución era contribuir, mediante la educación intelectual y moral, a la reforma general de la vida española. Si bien es cierto que trató de "atraer y conservar un grupo selecto de personas capaces de sentir con pasión la gravedad del destino y de consagrar la vida entera a los menesteres del espíritu con independencia de todo interés inmediato y de todo afán de poder, para levantar progresivamente el nivel de la cultura hispana a la altura de los tiempos", no lo es menos que intentó influir y orientar en la solución de los problemas políticos y sociales. La Institución fué a la vez, forja de voluntades, vivero de inquietudes y espejo de ciudadanos. Se preocupó ahincadamente de la educación de la mujer y sostuvo rela-

ciones constantes con las figuras más empujadas del profesorado inglés, alemán, francés, belga y portugués. La Institución aceleró el despertar de la España nueva y recogió y articuló todas las palpitaciones de la vida intelectual y científica de la época. La Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, palanca impulsora del renacimiento espiritual de España en los últimos cincuenta años, es la culminación de las actividades de la Institución. En cierto modo, la república del 14 de abril fué hija de esa heroica y abnegada labor.

De la Institución Libre de Enseñanza, salió don Fernando a someterse al severo aprendizaje de las Universidades alemanas. La Alemania de entonces era radicalmente distinta a lo que sería bajo el signo tenebroso de la swástica: un inmenso presidio de la inteligencia y de las masas populares en el orden nacional y una maquinaria de piratería en el orden internacional. La Alemania de entonces era, no obstante su estructura imperial, una afanosa columna de investigadores y fragua encendida del espíritu europeo. Fernando de los Ríos sorbió las más acendradas esencias del pensamiento filosófico alemán en Jena con Eucken y ratificó en Marburgo, de labios de Hermann Cohen, que "la idea del fin de la humanidad se convierte en la ideal del socialismo y que todo hombre se define como fin en sí, como fin propio". El pueblo que dió direcciones nuevas y cardinales al espíritu humano, que proclamó la paz perpetua con Kant y la justicia social con Marx, no debe, pues, confundirse con el régimen cavernario que lo sojuzgó y deformó y pretendió deformar y sojuzgar la humanidad.

A su regreso a Madrid, don Fernando de los Ríos se incorporó con el tenso fervor de la juventud, a la querrela irrenconciliable entre la España oficial y la España vital, entre la España que tramontaba y la España que amanecía. La generación del 98, que se planteó este conflicto en toda su magnitud sin aportar elementos de solución tuvo en él a uno de sus milites más bizarros. Incorporado poco después a la docencia en la Institución Libre de Enseñanza, obtuvo, en 1911, la cátedra de Derecho

Político en la Universidad de Granada. El Partido Socialista Obrero no demoraría mucho tiempo en exaltarle a su dirección y la Universidad Central de Madrid lo acogió alborozada en 1930.

Como profesor don Fernando luce la misma estatura de don Francisco. No le aventajó éste en efusión ponderada, en sapiencia vivaz, en amor a la verdad, en culto a la belleza, en afán de justicia. La tarea docente no se concretó nunca en don Fernando a la hora de clase, ni a servir, durante ésta, una ración burocrática de conocimientos que el estudiante rumiará luego en casa para devolverla, mecánicamente, en los exámenes. El magisterio fué en él, por lo contrario, la sustancia misma de su vida, su actividad primaria y permanente. Yo recuerdo haberle oído una emocionada remembranza de su vida de relación con sus discípulos dilectos. Su clase terminaba usualmente en los románticos arrabales de Granada. Nunca se cansó de administrar el santo "sacramento de la palabra".

La obra de don Fernando de los Ríos como pensador político es extensa y rica en sustancia. No es posible adentrarse ahora en el examen crítico de libros suyos tan fundamentales como *La Filosofía Política en Platón*, *La Crisis de la Democracia* y *Mi Viaje a la Rusia Soviética*. Si quiero, de todas maneras, centrar mi atención un momento en lo que constituye, a mi juicio, sus aportes más relevantes al pensamiento político y social de nuestra época: su interpretación de la España del siglo XVI y su concepción humanista del socialismo.

En lo que a la primera cuestión respecta, don Fernando de los Ríos no sólo concluye que en el estado-iglesia organizado en España en el siglo XVI, se halla simbolizada una tendencia permanente en el estado, sino que postula también que "si América ha de representar algo nuevo en la historia, algo fecundo e innovador espiritualmente, no podrá conseguirlo sino superando el dualismo europeo en aquella edad, resolviendo en unidad lo que Reforma y Contrarreforma subrayan como opuestos, rehaciendo de un modo nuevo la conciencia que en el siglo XVI quedó desgarrada". Este trabajo, leído por su autor en

el Congreso de filosofía efectuado en Harvard en 1926, resulta indispensable para la certera comprensión de algunos rasgos característicos de esta hora.

Don Fernando de los Ríos sustenta su concepción del socialismo en una interpretación del humanismo que diverge, parejamente, de la de Ramiro de Maeztu en su obra *La Crisis del Humanismo* y de la del malogrado Aníbal Ponce en su libro póstumo *Humanismo Burgués y Humanismo Proletario*. Según él, la concepción humanista representa "la síntesis originaria en que se contiene orgánicamente la idea de la finalidad armónica de los seres". Este concepto, que supone la realización de lo universal humano como lo humano peculiar en cada individuo, es el sustentáculo de su tesis socialista. "El socialismo humanista —resume don Fernando— aspira a superar el estado actual mediante la humanización de la economía tanto por la generalización de la responsabilidad de las acciones cuanto por el ennoblecimiento que a la profesión aporta ser el fruto de la vocación. Es así, internando al hombre en sí mismo, como puede renovarse la íntima y pura alegría del vivir y conseguir que retornen a los nidos del ideal anhelos hoy sin hogar. Es, pues, el socialismo así concebido, un modo de refrescar y espiritualizar las almas y, a causa de ello, una forma de abrir cauce dilatado al sentimiento, hoy soterrado, de la religiosidad del vivir".

Esta concepción del socialista difiere en la fundamentación teórica, en la táctica y en los objetivos de la concepción marxista, a la que considera lastrada por su objetivismo mecanicista y económico. No es ésta la oportunidad de controvertir este punto de vista, ni de mostrar, como prueba en contrario, independientemente de la perspectiva política que se adopte, que la formulación de la plusvalía posee un hondo contenido ético y que el socialismo científico conlleva una filosofía de los valores de insospechada riqueza ideal. Ni se trata, en este caso, del complejo y candente problema que plantea a la propia teoría marxista el pregonado "socialismo soviético". Lo que importa es que, sobre los reparos que pudieran hacerse a la dirección humanista del socialis-

mo, ésta propone una visión original y específicamente española del problema básico de nuestra época.

La posición y la conducta de don Fernando de los Ríos en la vida pública de España es sobradamente conocida en Cuba. Militante del Partido Socialista Obrero desde sus años juveniles, la dictadura pretoriana y montaraz de Primo de Rivera le costó entre sus más denodados adversarios. La juventud universitaria española tuvo entonces en don Fernando de los Ríos a un profesor de Derecho Político que enseñaba con el ejemplo, como correspondía a quien había predicado que, si la ciencia es cosa de conciencia, la ejemplaridad civil es conciencia de la ciencia. Al instaurarse la república en España, don Fernando de los Ríos fué llevado por el Partido Socialista Obrero, a los cargos de mayor representación y responsabilidad. Fué, sucesivamente, diputado a las Cortes Constituyente, rector de la Universidad Central de Madrid y ministro de Educación, de Justicia y de Estado. Puede afirmarse que, en todo instante, don Fernando de los Ríos se clavó a sus deberes públicos como una cruz.

Conocí a don Fernando en su primera visita a Cuba. Fué en 1926 y era yo a la sazón estudiante. Venía invitado por la Universidad de La Habana a ofrecer un ciclo de conferencias. No olvidaré nunca su negra barba nazarena, ni la óptica personalísima, la técnica rigurosa y la gracia discursiva con que nos introdujo su palabra próspera en la problemática política de nuestro tiempo. Su afilado contrapunteo de Marx y Spengler suscitó fecundos debates en los círculos académicos, culturales, estudiantiles y obreros. Fuí visita diaria suya en aquellos días en que ya asomaba la garra mocha de Gerardo Machado. Se interesó vivamente en las preocupaciones y afanes de la juventud universitaria. Me exhortó a estudiar a fondo a Martí:

¡Qué inagotable cantera la de su pensamiento político! —me dijo una vez— ¡Qué excelso arquetipo para la vida moral! En mi hogar de España suelo leer en alta voz a mi madre, a mi mujer y a mi hija sus discursos, sus versos y sus cartas. Muchas veces, en ins-

tales de amargura civil o de desaliento espiritual, la lectura de Martí me ha servido de asilo y de espuela... ¡Qué gran español este invitado caballero de la libertad cubana! Unamuno lo advirtió antes que nadie. Martí no es un hombre que habla como un libro. Es un libro que habla como un libro. Es un libro que habla como un hombre. ¡Y qué hombre, mi joven amigo, qué hombre...!

Momentos antes de su partida un grupo de profesores y estudiantes le rendimos un cordial homenaje. Sus palabras fueron una incitación al estudio, al trabajo y a la lucha:

—Jóvenes: quien pierde la mañana pierde la tarde. Quién pierde la juventud pierde la vida. ¡No perdáis la mañana ni la juventud, por Cuba y por vosotros!

La segunda visita de don Fernando de los Ríos duró breves horas. Regresaba presurosamente a España ya conmovida por las protestas estudiantiles y populares. Esta vez desentrañaría, en disertación memorable, el sentido de la vida en Martí, "la personalidad más conmovedora, patética y profunda que hasta ahora ha producido el alma hispana en América". Martí apareció ante nosotros en su verdadera jerarquía humana y en su dramático dualismo espiritual, clave de su credo romántico y de su fe en la razón. Aún resuena en mis oídos aquella trágica interrogación que hubo de plantear a su enfiebreado auditorio: "¿Vive Martí en la vida colectiva como ansió vivir? ¿Es su recuerdo y advocación cívica la fuente de donde mana el ideal de vida que dió sentido a su existencia y valor simbólico a su muerte?" Y aún resuenanme también sus palabras finales: "¡Martí! Jerarca eterno del alma cubana, luz en la noche, recibe en este día la ofrenda conmovida y filial, no de la España oficial que te hiciera sufrir, sino de la España que tú amaste; de la que, como tú, maestro, vivió y vive acongojada por hambre y sed eterna de justicia".

Fluyó el tiempo en España y en Cuba. Cayó Primo de Rivera. Advino la República en comicios ejemplares. La sangrienta satrapía de Machado fué derribada por el em-

puje incontrastable del pueblo y de la juventud estudiantil. Estalló en España la guerra fascista de invasión con el vil contubernio de las potencias democráticas. Don Fernando de los Ríos fué designado embajador de la República en Washington y allí la sirvió sin vacilaciones ni reservas. A su voluntad tesonera y a su fervor sostenido, se debería la honda repercusión popular que tuvo en Estados Unidos la causa republicana. Fué en esa coyuntura memorable que vino a Cuba invitado por la Asociación de Auxilio al Niño del Pueblo Español. Esa vez nos traía, por la representación que ostentaba, junto con su espíritu y junto con su voz, el espíritu y la voz de España. Su palabra se alzó vibrante ante un arremolinado enjambre de cabezas en el Stadium de La Polar, la arena cubana del antifascismo, donde los miuras de la barbarie corporativa y del cesarismo totalitario recibieron, en toreros de masa, banderillazos de fuego y estocadas a fondo. ¿Y quién de los que le escuchamos podría olvidar su lírica evocación de Pablo de la Torriente-Brau en el Anfiteatro Enrique José Varona de la Universidad de La Habana?

—Acabo de leer —comenzó diciendo— las cartas españolas de este joven cubano que dió generosamente su sangre por redimir la patria mía. Su limpieza de alma y su coraje indomable han traído las lágrimas a mis ojos. No, no vengo a hacer un discurso. Traigo una corona de siemprevivas como tributo a Pablo de la Torriente-Brau, que depositaré conmovido en vuestros corazones...

Se cumplían tres lustros de su primer contacto con nosotros cuando arribó de nuevo don Fernando invitado por la Universidad de La Habana. Ya la república española había sido brutalmente destruida por la traición y la violencia y don Fernando de los Ríos, como tantos otros, despojado de su cátedra. Cúpome el alto honor de darle la pública bienvenida en nombre de nuestra bicentenaria institución. Le había yo conocido en 1926 como profesor de la Universidad de Granada. No podía serlo en 1941 de ninguna Universidad española. ¿Qué mutación profunda había acontecido en la estructura sub-

yacente del mundo para que hecho tan monstruoso se hubiera producido? ¿Por qué razón estaba don Fernando de los Ríos impedido de fecundar con su vasto saber la conciencia de la juventud española?

Harto visibles están aún los motivos. Don Fernando de los Ríos no podía enseñar en ninguna Universidad española porque el fascismo se había adueñado de España. Y ya se sabe lo que esto entraña para la vida de la cultura. Fascismo y dignidad humana son constitutivamente incompatibles y se excluyen recíprocamente. Se le expulsaba, pues, por culto y por digno de los claustros universitarios españoles, repletos ahora de homúnculos y zánganos, rodilla en tierra y cabeza en el abdomen ante el zafio regocijo del caudillo. Quince años atrás cabía don Fernando de los Ríos en la Universidad española sin merma alguna de su dignidad humana y de su conciencia científica. Cabía también en esa época Alberto Einstein en la Universidad alemana. La disidencia política no se castigaba todavía con el ostracismo, el campo de concentración o el piquete de fusilamiento. Todavía existía lugar en el mundo para la discrepancia. Aún la camisa de fuerza de la intolerancia totalitaria no había logrado someter la Universidad española ni la Universidad alemana; pero las fuerzas enemigas de la cultura, de la democracia y del socialismo pugnaban ya sordamente, en el seno de España y en el seno de Alemania, para abrirse paso y señorear, con impetu demoníaco, sobre ambas y sobre el mundo.

Oído puesto en el recóndito latir del subsuelo de la historia, don Fernando de los Ríos hubo de advertirlo con acento que pudo a la sazón parecer sibilino. "La ruptura de la unidad de la conciencia humana generada en el renacimiento —profetizó en 1926— no tardará en llegar a su trágica culminación". El Estado-poder, nacido en el siglo XVI y exaltado por Maquiavelo, el Dios mortal de que hablara Hobbes en el XVII y Hegel pusiera dialécticamente en marcha en el XIX, estaba, en efecto, en proceso de cuajo totalitario. Italia, tierra clásica del acrecimiento de la humanidad en el hombre, era ya un erial asfixiante. El secuestro de la conciencia individual por

el estado fascista —nada fuera de éste, todo dentro de éste, todo para éste— había agotado su prodigiosa capacidad creadora en el arte, en la literatura, en la política y en el derecho. Uno de los pueblos más parleros del mundo entró en la mudez aterradora del sepulcro. Sólo una voz, la del amo se alzaba sobre aquel cementerio de conciencias amordazadas, ordenándoles alinearse sumisamente a torno a su voluntad inapelable. Las graves implicaciones sociales y culturales de este silencio impuesto externamente fueron despreciadas por muchas cabezas egregias que luego las sufrirían en su carne y en su espíritu. Mussolini era una caricatura melodramática de Julio César y su régimen un efímero ensayo de absolutismo modernista. La frivolidad del intento no resistiría al desdén de la flor de la cultura europea.

Contra esa actitud irresponsable se irguió don Fernando de los Ríos; pero no se ciñó a denunciar la tendencia opresiva y disociadora contenida en la estatolatría de nuevo cuño. Afirmó también categóricamente que ese fenómeno, resultante de un compromiso artificioso, era signo inequívoco de un mundo en decadencia y no indicio del nuevo que se estaba gestando en su panza putrefacta. No bastaba, sin embargo, anhelar pasivamente ese mundo germinal para que el mundo agonizante se disolviera. La historia nunca da nada por añadidura. La humanidad no ha logrado jamás un estado social y cultural mejor sin previa lucha. Cada nuevo estado ha sido siempre hijo del querer; pero el querer carece de sentido si no al servicio de una concepción justa de los fines de la vida humana. Las revoluciones genuinas, aquellas que han impulsado el proceso histórico hacia formas superiores de convivencia, lo fueron porque en sus banderas desplegadas llevaban inscriptos los valores permanentes del espíritu. Por eso, sin duda, hubo de exhortarnos don Fernando de los Ríos al hablar de Martí a defender a toda costa la libertad de conciencia y a "poner la justicia tan alta como las palmas".

En su curso sobre la actual descomposición política del mundo, desarrollado en nuestra Universidad en 1941, Fernando de los Ríos

recordó sus desoídas previsiones de 1926, 1928 y 1933. Volvía esta vez despojado de su cátedra y de su ciudadanía por quienes, en sangriento maridaje con Hitler y Mussolini, habían instaurado en España el terror como esencia del poder. Apuntábale ya la vejez prematura en las barbas y su desgarrero interior asomaba a menudo; mas traía la dignidad enhiesta y la españolidad en carne viva. Retornaba como el hidalgo manchego, vencido pero no convencido de su magno duelo con el mundo viejo, abrazado a sus ideales como a un haz de luceros. Sin ciudadanía y sin cátedra; pero más español que nunca y nunca más creyente en la integración de la unidad humana que transportara a Telesio, en la ciencia con conciencia, en la vida futura, afirmado enérgicamente en su vieja convicción de que, sólo tomando lo humano como punto de partida, es dable construir algo que no sea en sí mismo falaz. Y nunca tan apreciado y querido por sus compañeros cubanos en la enseñanza y en el ideal de una convivencia fundada en el santo derecho a la herejía, en el disentiendo creador, en la polémica sin término, como el proceso mismo que vivifica y enriquece la historia y la personalidad humana.

De nuevo, y ya por última vez, visitó a Cuba don Fernando de los Ríos en 1943, como miembro de la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados, convocada por nuestra Universidad a iniciativa del esclarecido hombre de ciencia y entrañable amigo, don Gustavo Pittaluga, que sobrelleva su destierro entre nosotros con la dignidad propia de su alta jerarquía intelectual y el coraje de un español entero y verdadero. La palabra y el pensamiento de don Fernando de los Ríos destellaron sus más nobles luces durante aquellos diez días que estremecieron a Franco. Y de nuevo asimismo le caló a Martí los estratos más profundos de su espíritu. Pocas veces le oí hablar con tanto patetismo y con tanta solemnidad como en ese trance. Parecía como oficiando en un púlpito laico.

Tuve el privilegio de la intimidad y del cariño de don Fernando de los Ríos. Juntos hicimos un pintoresco periplo a Trinidad. Y jun-

tos recorrimos sus calles pavimentadas con chinas pelonas, sus casas colonias, sus alledaños paradisíacos, charlando de vinos, mujeres, cuadros, jardines, iglesias y toros. Le oí cantar guajiras y le vi bailar flamento. En New York lo visitaba frecuentemente. A mi llegada, me invitó a una recepción que ofrecía a los profesores de la *New School for Social Research*, donde ingresó a raíz del desplome de la República. Mi primera visita a Henry Allen Moe, secretario de la Fundación Guggenheim, la hice en su inolvidable compañía.

Vale la pena recordarla. Fuimos, naturalmente, en *bus*. Don Fernando vivió en perpetuo reniego de la técnica. El *subway* le repugnaba. El avión lo sacaba de quicio. Y de todo eso hablamos en el camino. No faltaron, desde luego, las referencias al Cusano, a la ruptura de la unidad de la conciencia europea, a José Martí, al socialismo humanista y a los cultos analfabetos. A la vuelta, don Fernando, antes de tomar el *bus*, quiso llevarme a la librería Brentano. ¡Qué maravillosos incunables y qué precios astronómicos! Y decidimos, en vista de la penuria que padecíamos, salir a orear nos el espíritu, caminando un largo trayecto entre una torrentera de faldas, perfumes, empujones y hedores.

De nuevo tomamos el *bus*. Y volvimos de nuevo a los para'elimos.

—Mire usted,—me dijo de pronto— el *Empire State* no vale lo que una hamaca.

No supe, en verdad, qué responderle.

Y siguió de esta guisa:

—Una vez, en mi ya lejana mocedad, deambulaba yo por el Marruecos español cuando me crucé con un árabe de cuando distinguido, elegante atuendo y un libro de filetes dorados bajo el brazo. Me fascinó su tipo y lo seguí. Tras él di vueltas y revueltas por serpientes y recoletas callejuelas. De repente, estuvimos fuera de la ciudad. A lo lejos espejaba el desierto. Y, a la derecha, a unos pocos metros, un umbroso bosquecillo invitaba al reposo. Hacia él encaminó el árabe sus babuchas. Y luego de arrellanarse morosamente, bajo un fragante datilero, abrió el libro se puso a leer con un en-

simismamiento que imponía. No pude refrenarme y lo abordé sin preámbulo:

—Señor ¿qué lee usted?

Y el árabe me contestó:

—Versos. Los versos hay que leerlos en la soledad y el silencio. Y no por mero deleite auditivo. Yo leo versos para esmerilarme el sensorio, para cultivarme el espíritu, para alimentarme el ensueño, que es el padre de la acción...

Y, mirándome entonces fijamente, con el índice levantando sobre mi nariz como una saeta, quebrada la voz, concluyó don Fernando:

—He ahí, joven amigo, mi ideal de vida. Y ahora comprenderá usted por qué yo prefiero una hatted por qué yo prefiero una hamaca al *Empire State*...

La anécdota tiene miga. Y encarna una dimensión histórica—acaso la más apreciable—del alma española.

En el verano de ese propio año dió cima don Fernando de los Ríos a su introducción al pensamiento vivo de don Francisco Giner. Una cálida noche de agosto me leyó varios fragmentos en su biblioteca. No estaba satisfecho de su obra; no le parecía digna de su maestro; pero se le escapó esta confesión conmovida:

—Nunca he escrito nada con tanto amor y devoción como estas páginas. Son recuerdos de mis recuerdos. Una especie de biografía espiritual de don Francisco a través de la mía propia. Sí, he escrito estas páginas con hondo, vivo y dolorido amor.

Y me leyó entonces este párrafo de Cossío, que significativamente transcribe Joaquín Xirau en el prólogo de su último libro: "Recordar es lo mismo que acordarse y el recuerdo tiene que ser algo como el acuerdo entre los espíritus y el acorde entre los sonidos y la concordia entre los hombres, ya que todas esas palabras tienen un mismo fondo e idéntico origen, pues todas vienen de corazón en su forma latina: *cor, cordis*. Y si los antiguos griegos y romanos consideraban el corazón como sede de la inteligencia y por esto recuerdo es memoria, nosotros, en cambio, ponemos en aquél la fuente del valor y del amor, que cuando es verdadero es siempre valeroso, y poéticamente se le ha representado hasta venciendo a la

muerte. Recordar significó y significa rememorar; pero lleva, dentro de sí, inexpugnablemente, en la propia unidad de su naturaleza, la palabra corazón, el noble órgano excelso de más puro impulso amoroso. Y, en este sentido, cuando recordáis, es que ponéis de nuevo acordes vuestros corazones con el objeto o con el fin amado".

—Estas maravillosas palabras de Cossío —me dijo don Fernando— podrían servir de lema a mi prólogo.

Y se hundió en un largo silencio, que yo respeté compartiéndolo. Ya una enfermedad implacable comenzaba a minarle las arterias. Perceptibles eran sus quebrantos en la palidez del rostro, en el ademán fatigado y en la postración intelectual.

En la introducción al pensamiento vivo de Francisco Giner, bullen, como en concentrada redoma, las ideas y los sentimientos cardinales que informaron la conducta y la obra de don Fernando de los Ríos. Es, al par, examen de conciencia y profesión de fe. Don Francisco cobra valor de paradigma en esta evocación emocionada y es como agua lustral su palabra y su hacer; pero cuando refiere su vida y recusita plísticamente su persona menuda, movable y luminosa, en la que se conjugaban severidad, ternura y sencillez; o cuando habla de sus inquietudes espirituales, de sus convicciones filosóficas, de la Institución Libre de Enseñanza y de su decisiva influencia en la formación de la conciencia civil española; o cuando alude a la congoja que devoraba a don Francisco al meditar en el destino de España y a su acentrado sentido del respeto y del honor y a su tolerancia hacia todos los credos y posiciones, don Fernando se da a sí propio en entrega plena y amorosa. En esa introducción palpitan sus graves preocupaciones religiosas, que a toda hora atormentaron su vida de cristiano erasmista; retorna a sus tesis políticas, económicas y sociales de otros tiempos, ratifica enérgicamente su fe socialista y aflora vibrante su vocación pedagógica, siempre más fuerte en él que la vocación política. Y su humanismo, aquel humanismo suyo de insoportable raíz española y universal perspectiva, fecundado por una

siempre el estado de los centros nerviosos ováricos para ser cierta, rápida y eficaz. Los ovarios poseen varios centros reguladores. Unos están en los ganglios, otros en la médula espinal, otros en el bulbo y el diencéfalo y por fin otros en la corteza cerebral. Largo sería detallar el papel y la conducta de cada uno, objeto que tampoco, nos propusimos en este artículo.

Queda aclarado en la mente de nuestras lectoras cómo y por qué tan hondamente irregularizan las funciones ováricas los trastornos nerviosos más diversos. Diremos algo más todavía. Es de observación corriente, cómo un susto, una

impresión, una pena o emociones de las más diversas pueden adelantar la fecha del período o por el contrario retrasarlo en algunos casos.

Pero no son sólo a esos violentos y groseros trastornos nerviosos a los cuales nos referimos en estos párrafos. Sino que así como actúan brusca y claramente esas vivas impresiones, obran también, sumando sus efectos, las pequeñas emociones y pequeños trastornos nerviosos que la mujer sufre al cabo del día. Disgustos cotidianos, penas, discusiones, susceptibilidades heridas, contrariedades, choques diversos, apuros, obsesiones, preocupaciones, responsabilidades

enervantes, ambientes sociales, incompatibilidad con el carácter, agresiones psicológicas diversas, insatisfacciones, y mil otras formas de alteraciones van acumulándose día a día, semana a semana, meses sobre meses en el alma de la mujer que sufre, provocando a la larga trastornos nerviosos que repercutirán luego sobre los ovarios desordenándolos paulatinamente. El tratamiento de estos casos, además de la medicación glándular restauradora, debe tratar de eliminar el mayor número posible de esos factores nerviosos, pues de lo contrario se fracasa o la enferma reincide en sus trastornos a poco de curarla.

Se puede contar con Ud.?

Por V. R. FRESE

PARA tener éxito en la vida es preciso que otros puedan contar con usted. He aquí un cuestionario que facilita la comprobación. Toda puntuación que exceda de los 200 es por encima de lo corriente.

	Siempre	Nunca	A veces
1. ¿Llego a una cita cinco minutos por lo menos antes de la hora?	15	0	5
2. ¿Contesto con prontitud mis cartas? ...	15	0	5
3. ¿Pago los impuestos con puntualidad? .	15	5	5
4. ¿Me eligen o nombran para puestos y comisiones en las sociedades u organizaciones a que pertenezco?	15	5	5
5. ¿Satisfago mis deudas antes de que me obliguen?	15	0	5
6. ¿Quedo bien bajo una responsabilidad?	15	0	5
7. ¿Soy un buen amparo para los que de mí dependen?	15	0	5
8. ¿Escribo con regularidad a mis seres queridos?	15	5	5
9. ¿Cumpló mis promesas aun con respecto a cosas de poca importancia?	15	0	5
10. ¿Hago esperar a subordinados cuando no hay necesidad?	0	15	5
11. ¿Me esfuerzo, si es necesario, para hacer quedar bien a un grupo del que soy miembro?	15	0	5
12. ¿Considero mi palabra tan inviolable como mi firma en un documento?	15	0	5
13. ¿Tomo las responsabilidades de mi hogar tan seriamente como las de mi trabajo?	15	5	5
14. ¿Influyo de modo saludable en personas nerviosas o indecisas?	15	0	5
15. ¿Cumpló mis compromisos menores con tanto esmero y prontitud como los mayores?	15	0	5

TOTAL

LA MUJER

Esa

Desconocida

analítica
717N 117290

A los doce años, la adolescente conoce su primera gran crisis: la pubertad. Esta es la etapa Nº 1 de su carrera de mujer. Grandes peligros la acechan en los comienzos de su formación. Empero, no es su primera prueba. Desde sus primeros años, ella conoció los complejos nacidos de su doble atractivo hacia el padre y hacia su madre. A los ocho años tuvo que luchar contra los elementos viriles de su naturaleza. Entre los 10 y los 12, el descubrimiento de misterios fisiológicos provocó la caída de muchos ídolos infantiles, de muchas ilusiones.

Para los psicoanalistas de la nueva escuela (Adler, Margaret Mead) hay en la niña de tiernos años un conflicto que nace de la desigualdad comprobada entre la condición de hombre y mujer; el padre simboliza el poder, y la madre, la sumisión.

Los padres deben esforzarse, en toda circunstancia, para dar a la niña la impresión de que son estrictamente iguales.

—Mi hija es un hombrecito —suspira la madre, al ver que su adorable muñeca monta a los árboles, se arrastra por el barro o se bate con los hermanos.

Biológicamente, es cierto, a veces. La naturaleza más o menos femenina de la niña depende de la mayor o menor abundancia de hormonas masculinas o femeninas segregadas por su sistema endocrino. Son estas secreciones las que determinan el temperamento de la mujer y su "tipo" físico, de la rubia pasiva (tipo Venus) a la morena viril (tipo Marte).

Aunque sea muy femenina, la niña, hasta los diez años, es casi tan fuerte, físicamente, como un muchacho. Ella comparte sus juegos más violentos, y manifestará la misma agresividad si las observaciones de su madre o hermanos

Por GEORGES REYER

—La mujer ya no es sólo una religión, como pensaba Michelet.

Para el sabio moderno, ella es también una ciencia...

—Una ciencia que obliga al hombre de 1951 a revisar su concepto del "sexo débil".

—Una nueva mujer ha aparecido. ¿Quién es ella?

—He aquí el último "estado" de la mujer de hoy.

Especial para LOTERIA

mayores no la constriñen a la pasividad.

Las molestias anunciadoras de la pubertad, que debilitan a la jovencita, junto con los efectos conjugados de la educación y la experiencia, le revelarán que ella no debe rivalizar con los muchachos.

Colocada en su condición de niña, vuelve nuevamente a sentir el complejo de frustración que ya conoció.

Es el segundo drama: el de la prepubertad.

La niña se halla dividida entre la sumisión a su madre y la necesidad de escapar, para destacar su individualismo.

Según su naturaleza, más o menos femenina, y su fuerza en la protesta, o bien se identificará al padre y se liberará del dominio maternal, o bien ella se identificará con la madre y aceptará definitivamente su condición de muchacha.

La identificación (provisional) al padre es la más normal y más saludable. La niña se liberará casi siempre en los momentos de la pubertad. Esta búsqueda es peligrosa sólo cuando se prolonga más allá de esta etapa, ya que ella corre el riesgo de desarrollar exageradamente los elementos viriles, conduciéndola a ocultar su femineidad.

La identificación con la madre es más peligrosa. Puede provocar una detención en el desarrollo psíquico de la niña, determinando en la mujer futura un "infantilismo" que puede degenerar en neurosis.

Los padres no deben alarmarse por esas tendencias "amuchachadas", si se nos permite el vocablo. Son un índice de energía y de vitalidad. Desaparecerán en el momento de la pubertad. La madre debe limitarse a despertar la femineidad de la pequeña con sus consejos y, sobre todo, por su ejemplo.

El tercer drama se produce generalmente en la misma época: "Mamá, ¿de dónde vienen los niños?"

A los tres o cuatro años, la chica ha lanzado esta pregunta. Si sus padres le respondieron simplemente, lealmente, que la mamá "llevaba" su niño y lo daba al mundo, el chico, instruido por los ejemplos de la naturaleza, admitirá esta explicación y nunca más hará la misma pregunta.

Pero casi siempre se le cuentan fábulas. A los diez años, la niña no admite más estos cuentos. Ella presiente que hay un misterio que le ocultan. Se despierta su curiosidad. Las amiguitas le enseñan. Es la catástrofe. Ya la muchachita no se atreverá a interrogar a sus padres. No cree más en ellos. Es el primer golpe contra sus ídolos. El segundo los va a destruir.

La pequeña, que sólo vivía en el "mundo sagrado" de la familia, donde todo es pureza, va ahora al colegio. Hay otra revelación que la espera: el acto de la procreación. Este es un drama. La muchacha, incapaz de pensar en un fenómeno natural, no puede asociar con él a sus padres, imágenes de todas las virtudes. El universo moral del niño ha caído al abismo. Sus padres, no son más que "seres hipócritas y mentirosos" (Dr. Liep-

mann). Respetarlos, amarlos, sería absurdo.

Si es algo difícil evitarle a la niña el choque de este descubrimiento, que lo hará tarde o temprano, es posible amortiguarlo tomando ciertas precauciones. La primera es mantener la confianza del niño, explicándole lealmente el fenómeno del nacimiento y su carácter natural. El segundo es disipar la leyenda de misterio que envuelve todo el proceso de la procreación.

El problema es más fácil de lo que se cree. En Estados Unidos, donde funcionan clases de sexología, se les explica fácilmente a los niños el proceso de la reproducción, mediante ejemplos sencillos, haciendo intervenir las flores, los árboles, los insectos, y, acercándose por etapas, hasta los seres humanos.

Contrariamente a lo que se temía, este método no parece que haya provocado inconvenientes, y no desvía en un sentido malsano la curiosidad del niño.

Todos los médicos deberían aconsejar, para disipar estos falsos pudores, y recordar a las madres que su deber es de prevenir a las jovencitas respecto a los desvelos que les esperan. Evitarían un traumatismo, que es el origen de numerosas neurosis, con su peor secuela: "el temor de los niños".

Para los ginecólogos, la adolescencia es el período "esperado" de la formación y cuando la joven se convierte en mujer.

Para los psiquiatras, la adolescencia es la época en que el ser libra su último combate antes de la madurez, separándose de la sumisión infantil para afirmarse como individuo.

Para convertirse en mujer, la niña tiene que romper los antiguos lazos emotivos que la ataban (en su sentido literal) a los padres, con el objeto de que se puedan constituir nuevos lazos, que la atarán, más tarde, al esposo, a sus hijos.

Es un combate pleno de zozobras y revueltas, que el ser sostiene consigo mismo solo en su noche.

Esos accesos de entusiasmo y de tristeza, esos altibajos del humor, esos caprichos, esa maldad y esa fobia del adolescente, que desconciertan y alarman a los padres, no

son más que reflejos de esa lucha.

Ella era dulce, amorosa. Hela ahora autoritaria e insolente. Ella se pone "snob", presuntuosa. Insoportable. Se viste de manera excéntrica, se llena de cremas y demases; frecuente gente imposible, habla mal, no soporta la menor reprimenda de sus padres y se ingenia para exasperarlos.

Así fué la época de Simone Well, la futura mística, que armaba escándalos en el bulevar Saint-Michel y desesperaba a los seres que ella más amaba.

Es la edad ingrata. Pero la adolescente no podrá llegar a ser una esposa y una madre normales más que librando este combate. Si ella cede, está perdida. Todas las furias que no habrá dominado, la dominarán.

Ella, la intransigente que desdeña al "Mocoso imbécil", que 10 años después será su marido, se enamora de un profesor de tenis o de un actor de cine, mito moderno del "héroe". Ella quisiera abandonar sus estudios para enrolarse en una carrera "heroica": enfermera (de preferencia con los leprosos), exploradora o camarera del aire.

Es peligroso oponerse a esas "pasiones" o "vocaciones", que no son otra cosa que "evasiones". Los padres deben esforzarse en comprender el drama que vive su hija, y vigilarla sin contrariar sus impulsos, con frecuencia saludables, y que son inspirados por el instinto.

Es sólo mediante la ternura, el tacto y la comprensión que ellos ayudarán a su niña a pasar por las seis crisis que jalonan la primera edad de la mujer.

La biología nos murmura que la mujer es nuestra semejante. La vanidad del hombre había creado el "sexo débil". La máquina ha suprimido la desigualdad física; la escuela, la desigualdad intelectual. Venus, conduciendo un camión de 10 toneladas, habría dejado estupefacto a Hércules. Eva, como profesora de la Sorbona, confundiría a Adán. Dos guerras y varias revoluciones económicas han disipado los últimos reductos de la incompreensión.

En los tiempos del vals, las muchachas se casaban entre los 17 y los 23 años; los hombres, entre 26 y 35. En 1951, hombres y muje-

res contraen nupcias entre los 20 y los 24 años.

La diferencia de edad era el drama de los matrimonios de conveniencia. Con demasiada frecuencia la "ingenua", ávida de descubrimientos, encontraba en su marido a un "vividor", cansado, impaciente por calzar sus pantuflas. La esposa, desencantada, buscaba en otros campos a su héroe. La literatura del 1900 no es más que el relato de esta desgracia.

Hoy los novios se escogen libremente; la camaradería les permite descubrir sus gustos comunes, sus afinidades sentimentales e intelectuales. Tienen todos los triunfos en la mano. ¿Cómo explicarse entonces que tantos matrimonios sean un fracaso?

Los psicoanalistas han comprobado que el 70% de las neurosis que afligen a las mujeres tuvieron su origen en un conflicto ocurrido durante los primeros meses del matrimonio. El marido es responsable en el 90% de los casos.

Un muchacho que contrae matrimonio a los 23 o 24 años no posee, por lo general, más que nociones muy vagas de la psicología y de la fisiología femeninas. Con frecuencia, ni siquiera sospecha el drama que ha vivido su compañera.

La jovencita jamás abandona, sin pesar, el medio familiar. Por grande que sea el amor por su marido, siempre es con aprensión que abandona un mundo conocido, amado, para entrar en lo desconocido.

Helen Deutsch nos revela que la joven mujer siente en esos momentos un conflicto psíquico tan violento como el de la pubertad, cuando tuvo que romper todos sus lazos de la infancia para llegar a la adolescencia.

La mujer más tranquila está ansiosa ante la espera del matrimonio, en la que se manifiesta la ambivalencia del temor y del deseo, y este hecho aumenta su nerviosidad. Por último, la ceremonia nupcial termina por exasperarla. Los dos esposos se encuentran en los límites de sus fuerzas, y con los nervios rotos, cuando pueden pronunciar el ritual "por fin solos", que abre el diálogo conyugal.

Basta sólo un movimiento de impaciencia, una palabra mal dicha, un gesto desafortunado, para que

la unión, antes de ser consumada, quede comprometida.

El papel del joven es sumamente delicado durante los primeros días de la "luna de miel". Su mujer espera de él que le haga olvidar todo lo que ella le ha sacrificado: sus padres, sus amistades, sus ambiciones, sus sueños de juventud. Ella pide lo imposible. A cada instante hay que conquistarla. Sólo a fuerza de tacto, de atenciones, de indulgencia y de comprensión, él podrá triunfar.

En los orígenes de toda unión existe el encantamiento, es decir, la ilusión. Después se inicia el diálogo conyugal. Que éste dure toda una vida o seis meses, siempre guardará el tono que le imprimieron las primeras réplicas.

La vida moderna, con sus múltiples facetas, tiende a destruir los hogares en ciernes, debido a los nerviosismos que rodean cada hora, cada minuto del día. Un abogado declaraba recientemente que la crisis de la habitación provocaba el 80% de los divorcios entre esposos menores de 30 años. El trabajo de la mujer es igualmente la causa de numerosos des-

acuerdos. Las estadísticas revelan que una mujer casada, que tiene un empleo, consagra, en promedio, tres horas 45 minutos de su tiempo a los trabajos de la casa, durante los días hábiles, y seis horas los días de descanso.

No es sorprendente, entonces, que tales excesos la pongan nerviosa y que, en ocasiones, responda con violencia a los reproches de un marido joven que no siempre se da cuenta de las cargas sobrehumanas que pesan sobre ella.

Estos conflictos son particularmente peligrosos durante ciertos días. Los psiquiatras han comprobado que casi siempre es un conflicto ocurrido en la época difícil (entre el vigésimo quinto y el vigésimo octavo día del ciclo) que provoca los desacuerdos profundos entre los esposos, y, si este conflicto aflora poco después del matrimonio, queda determinado de manera definitiva el comportamiento de la mujer frente a su marido.

O ella se somete totalmente, pierde toda personalidad y se venga haciéndose la víctima.

O ella se rebela en una actitud

de oposición y de contradicción sistemática, convirtiéndose en la "enemiga íntima".

De todas maneras, la unión ha fracasado.

Es necesario un milagro para restablecer la armonía de la pareja.

Ese milagro es con frecuencia el niño.

Vemos entonces que la "luna de miel", que parece un período de encantadora facilidad, es en efecto una prueba difícil, y con frecuencia decisiva, en la que se juega el destino de los desposados.

Al hombre le corresponde conducir a su joven esposa por los senderos que la llevarán a ese mundo nuevo y tan ansiado por ella: el hogar.

La mujer: esa desconocida, es para nosotros, los hombres, un delicado cristal, flexible a veces, hecha de otra materia, pero jamás inferior. Trata de comprender a la mujer, y no de usarla, ya que sólo gracias a su sentido de la dignidad y a su espíritu de sacrificio mantiene encendida la antorcha de la moralidad y del buen sentido.

BANCO NACIONAL DE PANAMA

FUNDADO EN 1904

DEPOSITARIO OFICIAL DE LA REPUBLICA
OPERACIONES BANCARIAS EN GENERAL

Para el mejor servicio en el país cuenta con Agencias en

AGUADULCE

ALMIRANTE

BOCAS DEL TORO

COLON

CONCEPCION

CHITRE

DAVID

LAS TABLAS

OCU

PENONOME

SANTIAGO

PTO. ARMUELLES

DIRECCION: Avenida Central 107

Telegráfica Banconal
Central Privada: 2-0920

"LA YERBA"

El alma de un pueblo jamás podrá sondearse sino es por intermedio de su arte y sus manifestaciones intelectuales. Es la misión que corresponde principalmente a los escritores, sobre todo a los que se preocupan del "folklore" y lo vernáculo, es decir, de lo popular e inherente al país en idioma, leyendas, costumbres, tradiciones, supersticiones, que llevan al ser ignorante a la formación de mitos y creencias y, a veces, al conocimiento de la "Ciencia del Bien y del Mal", que la sabiduría empírica ha ido arrancando a través de siglos y milenios al misterioso árbol de la naturaleza.

En la novela "La Yerba" de Mario Riera, encontramos los innumerables brotes de la idiosincrasia del campesino panameño y, sobre todo, la síntesis humana y profunda del hombre en relación con los misterios de la naturaleza salvaje. Así como la estaca para levantar el rancho, el brazado de leña para encandilar el fuego o, el fruto para el alimento, el campesino utiliza la más insignificante yerba para curar sus males y prodigar la vida o la muerte a su antojo.

En el caso de la novela que comentamos, el hombre resentido con el macho más joven y más varonil que lo ha desplazado, arrebatándole la hembra, recurre al hechicero y por medio de la "yerba" produce la impotencia y la locura al ladrón de su honra. De esta manera se libra de asesinarlo vulgarmente, lo que hace pensar en el refinamiento o cobardía que provoca su venganza... He aquí un argumento original, revestido de

de Mario Riera Pinilla es una síntesis humana de lo vernáculo y la vida campesina en Panamá.

Por
LAURENCIO GALLARDO

cierto encanto psicológico que el autor sabe explotar, como una veta rica en matices, descubriéndonos una parte del espíritu del pueblo panameño. En el estilo fluido y ágil, en las imágenes poéticas que enriquecen las descripciones y los conceptos, se advierte un temperamento de verdadero novelista y, una marcada influencia de los grandes escritores modernos.

Mario Riera, es además, profesor especializado en Arqueología, ciencia que en la novela "La Yerba" le permite hacer algunos análisis y observaciones de gran interés para el estudio de la formación cultural istmeña y latinoamericana, más bien con vistas al ensayo que a la novela, sin que por esto, sus atinadas observaciones perturben el relato. Su talento y su comprensión de la Estética de nuestro tiempo le hacen dar tonos de una sutileza admirable, llegando casi al surrealismo en escenas, como aquella en que Rebeca Hannsen lleva al protagonista a contemplar el plenilunio: "... a medida que la luna ascendía, ascendía, también, la montaña".

Su estilo cuidado y sobrio toca los límites de lo vulgar sin caer

en ningún momento en lo desagradable o lo grotesco. El diálogo "el verso de la novela", como dijera un escritor famoso, abunda en cada página, llevado con soltura y a ratos con verdadera maestría, prestando al libro una animación que hace más fácil y agradable su lectura.

En cuanto a los personajes, Riera, sintetiza en cada uno de ellos algún detalle simbólico que lo singulariza y distingue perfectamente de los demás, grabándose en el lector, inolvidable: Juancho, el amante despechado, y ruin, Pancho Fierro, su amigo, el matón y azuzador de pendencias, Ricardo Benítez el hijo del patrón y niño bien engreído. Rosa la chola frívola, Doña Pepa, la vieja "lengua larga", Méndez el poeta de pueblo, Manuelito, el hombre bueno y acobardado por la vida rural. Así, pues, escenario y personajes son definidos en forma tan real, que, aun cuando el autor no haya bebido "La Yerba", se ve muy bien que estuvo muy cerca de ellos durante la administración del bajaje.

Sólo tendríamos que hacer una leve censura, y es que, a ratos, el novelista se deja llevar un poco por sus conocimientos humanísticos y trata de aplicarlos con un criterio de tesis, lo que hace decaer el interés en algunas páginas, restándoles valor humano.

En nuestra América se han escrito ya algunas novelas criollas y "populistas", con marcado acento revolucionario, pero son muy pocas las que han logrado permanecer, obligando a los críticos a dar a su autor el espaldarazo de **ESCRITOR**, he aquí uno de esos casos, que el jurado del Concurso Ricardo Miró compuesto por Diógenes de la Rosa, Américo Valero y Gil Blas Tejeira, supo distinguir con el Primer Premio de Novela correspondiente a 1947, en un gesto que honra a las Letras Panameñas.

No somos el Pasado sino el Presente, creador divino de lo que no existió nunca. No somos el Recuerdo, somos la Esperanza.

R. BARRET.

REGALOS

Por la Condesa de Montvert

Que regalos escoger y cuándo y cómo darlos, son en gran parte cuestiones de sentimiento y amistad más bien que de etiqueta o costumbre. Pero hay unas cuantas reglas que son aceptadas como parte integrante de nuestras costumbres modernas.

CONSIDERACIONES

BASICAS

Las tres consideraciones básicas que hay que tener presentes al hacer regalos, son las siguientes:

1º La índole de la ocasión. La mayor parte de los regalos llevan implícito el deber de la reciprocidad, y esto es especialmente cierto en determinadas ocasiones. Todo el mundo tiene un cumpleaños, y casi todo el mundo un día de santo. Las amistades, por lo tanto, mantienen un intercambio más o menos parejo en estas ocasiones. No sería discreto, por lo tanto, ni de buen gusto, abrumar a una amistad con un regalo muy valioso en su cumpleaños, al que él o ella pudiera creerse en la obligación de corresponder con otro igualmente valioso. Los regalos hechos con motivo de bodas, bautizos y fines de semana, no están en esa misma categoría, porque no suponen una reciprocidad tan inmediata.

2º El grado de intimidad en las relaciones, si el afecto o la amistad han sido las causas que han movido al regalo. Como en el caso de la hospitalidad, la consideración esencial en el intercambio de regalos entre amistades o familias no es la correspondencia absoluta, sino la relativa. Las amistades y la familia pueden hacer regalos muy valiosos, para los cuales regalos originales, cuidadosamente escogidos o hechos por la persona

que los da, se pueden considerar de satisfactoria reciprocidad. Esta regla también se aplica a regalos hechos por un sentido de obligación social —lo que es casi una caricatura de la amistad—. La anfitriona que ha invitado a muchas amistades que no pueden corresponder a su hospitalidad en otra forma, recibirá probablemente muchos regalos más costosos de los que ella hace.

3º La índole de las relaciones entre ambas personas —quien da y quien recibe— si alguna obligación u otra razón que no sea amistad o afecto, ha sido la razón principal para hacer el regalo. La reciprocidad no es tan importante cuando se hace un regalo de esta clase, pero siempre lleva implícito cierto sentido del deber. Es como un invisible segundo regalo, que se desliza en el paquete. Por consiguiente, es de más tacto y demuestra mayor consideración para los demás hacer un regalo valioso al terminar unas relaciones de cualquier naturaleza, que hacerlo antes. Las razones para esto son obvias. Al terminar unas relaciones, el que hace el regalo no gana nada de cualquier sentimiento de gratitud u obligación que pueda experimentar el que lo recibe. El regalo, por consiguiente, es hecho sin ningún motivo ulterior de finalidad egoísta. Supongamos, por ejemplo, que un hombre de negocios ha llegado al término de unas negociaciones largas y difíciles con la muy valiosa ayuda de un socio más joven. El momento para hacer el regalo es naturalmente al final de las negociaciones, pero si él o su socio se van dentro de poco tiempo, una persona de tacto siempre demorará en hacer el regalo hasta la víspera de la parti-

FLORES, BOMBONES, LIBROS

Flores, bombones y libros (no tratándose, desde luego, de libros muy costosos, ya por obras valiosas agotadas, o con encuadernaciones muy caras) no están en la misma categoría que otros regalos. No llevan implícita más obligación que la de dar unas "gracias" corteses, porque pueden ser considerados como "atenciones" más bien que como regalos. Son casi como una visita o una carta, y son los clásicos regalos que una mujer puede aceptar de un hombre sin la menor vacilación.

DINERO

En teoría, el dinero no es un buen regalo, y en la práctica nunca se da como regalo excepto a los miembros más jóvenes de la familia o a los empleados. Las cantidades grandes se dan siempre en cheques y ahora que las monedas de otro están fuera de circulación se pueden dar cantidades más pequeñas en esta forma también. Bonos y acciones son considerados como dinero a los efectos de un regalo pero no los "cheques" de ciertas tiendas.

A diferencia de dinero en efectivo un "cheque" de una tienda puede ser dado a una amistad íntima, aunque la carta o tarjeta que lo acompañe a menudo expresa una explicación. Las frases generalmente usadas en esos casos son: "Yo estaba en duda de lo que más te gustaría, así que preferí que lo escojas tú misma. Con mucho cariño y mis mejores deseos...", etc.; o bien: "Siento tanto que no regresé a tiempo para escoger un regalo para ti. Pero con esto recibirás todos mis mejores deseos por unas Alegres Pascuas y un Feliz Año Nuevo, con mucho cariño..."



El festival de Venecia ha demostrado que, tanto en Europa como en América, la tendencia a tratar temas "serios", que contienen problemas difíciles y los exponen con probidad al público, es una de las características de la producción actual.

Ciertamente, la boga de las historias novelescas no ha disminuido, pero muchos hombres de cine se afirman cada día más en la idea de que la pantalla es uno de los medios de expresión más eficaces para algunas tesis de alcance moral o social. Jean Gremillon, que quizás nunca tuvo su verdadera oportunidad, es el que mejor ha comprendido ese poder "retórico y demostrativo" del séptimo arte, pero la suerte de utilizar este poder ha recaído en otros dos directores de talento: André Cayette y Jean Delanney.

André Cayette, con la colaboración de Charles Spaak, concibió y realizó el escenario de *Justice est faite*. Jean Delanney, inspirándose en una novela de Henri Queffelec intitulada *Un recteur de l'Île de Sein*, ha compuesto una película con este título admirable: *Dieu a besoin des hommes*. Esto nos consuela de tantos grandes temas que se quedan en el fondo de los cajones, víctimas de la indiferencia o de pusilanimidad de los productores (como sucedió recientemente con la película que proyectaba Claude Autant-Lara sobre la objeción de conciencia).

La actualidad del tema de *Dieu a besoin des hommes* inquietó a ciertos censores eclesiásticos hasta que, por una consoladora paradoja, la película fué coronada en Venecia por la Oficina Católica Internacional del Cine. Se trata del caso de un laico que, en un país lejano y en circunstancias excepcionales, se ve obligado a reemplazar a un sacerdote en sus funciones sagradas. ¿Es esto una transgresión de una tradición sagrada, o, al contrario, puesto que satisface la necesidad de sacramentos de una comunidad entera, una iniciativa inspirada y providencial? ¿Conviene atenerse a la

letra de la Iglesia o ser fiel a su espíritu? Esas son las preguntas que se harán los espectadores cuando vean a Pierre Fresnay en el papel central de esta obra.

Jean Delanney ha tratado este drama con esa afición por los temas de cierto alcance intelectual, que ya demostró en *La Symphonie Pastorale* y en *Les Jeux sentés*, y que confiere al tema un relieve trágico y concentrado.

analítico.
717N 117 231

Cuando la pantalla obliga a pensar

HENRI AGEL

(Especial para LOTERIA)

Muy diferentes son las cualidades de la otra película de ideas premiada en Venecia: *Justice est faite*. La elegante y ágil maestría de André Cayette — que ya se dejó admirar en *Los Amantes de Verona* — ha sabido evitar todo dietismo y ofrecernos en su patético sencillez algunos graves problemas planteados por un hecho

criminal: una joven, doctora en medicina, aplica la eutanasia al hombre que ama, para abreviar sus interminables padecimientos. ¿Puede la justicia oficial resolver y sancionar tragedias íntimas? Las siete personas que juzgan son capaces de conservar su objetividad durante el proceso y en el momento de dar su fallo? La película nos revela toda la psicología de los jurados, mostrándonos su vida cotidiana fuera de las audiencias del Tribunal, y las influencias que, tal vez sin ellos quererlo, ejercen en su juicio los incidentes de su situación presente. El problema es destacado en forma discreta y matizada, con un corte hábil que se limita a sugerir las relaciones psicológicas, sin confrontarlas.

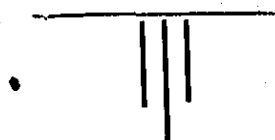
Para hacer aceptar la aridez de ciertos debates, se requiere mucha inteligencia y mucha honradez, pero sobre todo tacto y una justa visión. Deseamos que la próxima película de Maurice Cloche, consagrada a los hijos ilegítimos (*Né de père inconnu*), se distinga por las mismas cualidades. Conocido es el interés que este director generoso, autor de *Monsieur Vincent*, *Docotr Laennec*, etc. pone en todas las miserias e injusticias de la condición humana. La sociedad actual, imbuída de prejuicios tenaces, se hace frecuentemente cómplice de muchas iniquidades. *Né de père inconnu* condena justamente el farisaísmo de un medio social que prácticamente acepta el abandono de los hijos ilegítimos. "Siempre es saludable, escribe Marcel Huret en la revista *Radio-Cinema*, obligar a pensar a las "gentes honradas" y suscitarles cierto remordimiento de conciencia cuando se sienten demasiado seguras de sí mismas e inclinadas a erigirse en jueces..." ¿No es éste, orquestado por la sensibilidad cristiana de Maurice Cleche, uno de los temas de *Justice est faite*? La pantalla, en estos casos, se convierte en un espejo mental, capaz de reflejar las interrogaciones más profundas de la conciencia humana.

¡Atrévete a ser sensato! ¡Empieza hoy! El que pospone la hora de vivir como se debe es idéntico al rústico que para pasar un río aguarda que acabe de recorrer toda el agua.

—HORACIO.

THE STAR & HERALD Co.

(LA ESTRELLA DE PANAMA)



- LITOGRAFIA
- FOTOGRAFADO
- RELIEVE
- ENCUADERNACION
- PAPELERIA

EL MEJOR EQUIPO

Y EL MAS MODERNO DE HISPANO-AMERICA

PANAMA, R. de P.

Teléfono: 2-0900

Apartado: 159

Número 8

— Calle Demetrio H. Brid —

Número 8

Madre ✓

Madre, si en invierno, después de haber cenado
estás junto al brasero pensando con desgano,
oídos a la lluvia que cae sobre el techo,
y en eso, puerta y viento... Es alguien que ha entrado
descubierta la frente y herramienta en la mano
levántate a su encuentro porque tienes derecho
de abrazar a tu hijo, de quien hiciste un hombre
que vuelve de la vida con el jornal ganado.

Miguel ANGEL ASTURIAS.



Navidad desde la tarde ✓

Oh, Navidad del Cielo, que del pensil lejano
me traes las rosas húmedas de la mentira buena
y las antiguas horas sin dolor ni cadena
cuando iba con los ángeles, cogido de la mano!

Ya tengo el alma rota y el corazón anciano,
la noche va en mi pulso con su reloj de arena;
mas Niño a tu conjuro, más allá de mi pena,
sacudo como siempre tu cascabel liviano.

Hijo del tiempo inútil y en marcha hacia la nada,
yo llevo el luto eterno de una ilusión tronchada
que me hizo para siempre pecador y maldito.

Viejo todo forrado de carmín y de armiño,
si repartes juguetes, ponme mientras dormito,
en tu bota encantada mi corazón de niño.

Víctor AMAYA GONZALEZ

